

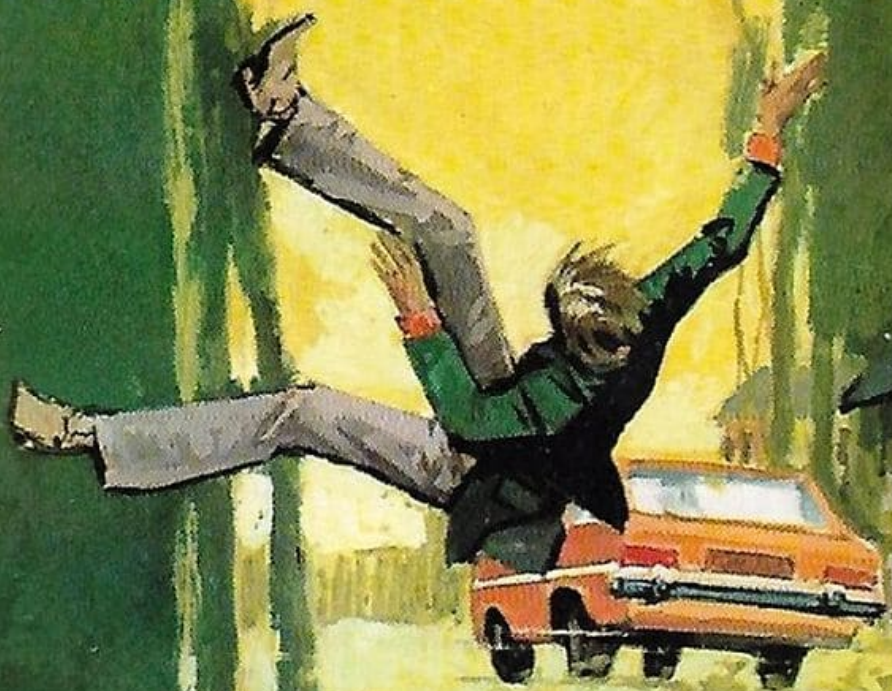
BOLSILIBROS  
BRUGUERA

SERVICIO  
SECRETO

SS

# GRANJA EXPERIMENTAL

***Lou  
Carrigan***



SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

Como todos los seres dotados de un mínimo de inteligencia aceptable Adam Morgan había ido evolucionando a medida que se iba haciendo mayor. No ya en el aspecto físico, lo cual le ocurre a cualquiera, sino en el mental y emocional.

La primera cosa por la que el atractivo, atlético e inteligente Adam Morgan había sentido una irresistible fascinación habían sido las aventuras. Esto comenzó hacia los ocho o diez años, y había durado bastante tiempo; y se lo tomó tan en serio que a los veintiséis años ingresó ni más ni menos que en la

C. I. A.

bajo cuyos auspicios, ciertamente, había vivido no pocas aventuras, algunas de las cuales habían dejado harto probados su valor, inteligencia y eficacia.



Lou Carrigan

# **Granja experimental**

**Bolsilibros - Servicio Secreto - 1613**

ePub r1.0

Lds 12.11.17

Título original: *Granja experimental*

Lou Carrigan, 1981

Cubierta: Desilo

Colección

SERVICIO

SECRETO

n.º 1613. Bruguera – 1981

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 10. Ediciones B – 1990

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO  
SECRETO**



## LA FUGA

Lo más espantoso era que sabían que los perros negros no ladraban nunca, así que de un momento a otro podían aparecer ante ellos, en silencio, relucientes los amarillentos ojos y los blancos colmillos.

Tampoco, los hombres que los perseguían utilizando los perros negros para seguirles el rastro eran precisamente escandalosos. Eran hombres fuertes, bien entrenados, y sabían que llevaban armas silenciosas. En cualquier momento, tras ellos podía oírse apenas el chasquido del rifle o la pistola con silenciador, y una bala podía hundirse en la espalda de uno de ellos.

Era una fuga horrenda, alucinante. De cuando en cuando sus descalzos pies chapoteaban en las fangosas aguas de los pantanos. Eso era peligroso, por el ruido. Aunque los perros no necesitaban que hiciesen ruido. Los habían olfateado, y debían estar muy cerca. Y con los perros, los hombres armados...

Pero la fuga había sido ya iniciada, y cualquiera de los tres hombres que corrían por los pantanos en la negra noche preferían el balazo en la espalda que volver *allí*. Era preferible mil veces morir. Había quienes ya se habían aclimatado y preferían la vida, pero ellos tres todavía no habían sido aclimatados, y preferían la muerte. Antes morir que volver *allí*.

De los tres hombres fugitivos, el más fuerte sin la menor duda era Jebediah Morgan, así que era el que iba más adelantado. Ocasionalmente, se detenía para ayudar a uno de sus compañeros de fuga, pero estaba comprendiendo que eso podía costarle su propia libertad, su propia muerte. Y si lo cazaban vivo, lo llevarían de nuevo *allí*.

¡Si no hubiese sido por el olfato de los malditos perros negros!

Habían podido escapar desde la enfermería, después de recibir el último tratamiento. Ciertamente, habían sorprendido al personal de la granja, y si a esto sumaban que los tres eran negros y que podían

ocultarse muy bien en la oscuridad, todo habría podido salir bien de no ser por los perros. ¡Los malditos perros!

En cualquier momento podían alcanzarlos, e incluso aparecer ante ellos, amenazadores. Y los harían volver *allí*, a la granja.

Pero había algo que tenía a Jebediah Morgan más aterrado que cualquier otra cosa: la deformación que había empezado a notar en sus tobillos, rodillas y codos. Y hasta en sus manos. Las articulaciones se le habían ido hinchando. Ahora le dolían los tobillos y las rodillas.

Claro: casi había perdido la costumbre de estar en la posición vertical...

Se dio cuenta de que su respiración se iba dificultando, y que aquel frío de las otras veces que también le habían inyectado comenzaba a apoderarse de todo su cuerpo. Debía ser por el último tratamiento...

Tras él oyó el alarido de espanto, Sin dejar de correr, volvió la cabeza, y vio cómo uno de los perros caía silenciosamente sobre los hombros de uno de sus compañeros de fuga, derribándolo. Un hombre negro y un perro negro rodaron por el suelo, el hombre chillando, el perro lanzando silenciosas dentelladas.

El otro compañero de fuga de Jebediah Morgan pasó junto a éste, huyendo siempre, dejando atrás al hombre que ya había sido atrapado por uno de los perros. Jebediah todavía tuvo un instante de vacilación: no podía dejar a aquel hombre en poder del perro. Él era muy fuerte, podía incluso romperle el cuello al perro. Bueno, a un perro solo, pero si llegaban los otros... Más allá de donde se debatían el perro y el hombre, Jebediah vio un fognazo. Y, ahora a su espalda, el compañero que había proseguido la fuga emitió un grito tremolante. Y eso fue todo.

Muy cerca de él, en alguna parte, oyó los chasquidos de dos cuerpos al saltar al agua. Dos perros, que lo rodearían nadando por las fangosas aguas, lo cercarían. El compañero que había sido alcanzado por el primer perro ya no gritaba.

A Jebediah le dolían cada vez más intensamente las rodillas. Y la cabeza. Sentía las náuseas de las otras veces. Se puso de rodillas y manos en el blando suelo húmedo, y el dolor se alivió muchísimo. Así estaba mejor, en la postura no humana.

Ahora ya no oía nada.

Sentía frío, náuseas, estremecimientos continuos.

Los perros que nadaban ya debían estar muy cerca de él. Sus ideas se iban embotando, como las otras veces. Y cada vez se le embotaban más y más.

Pero todavía tuvo una última idea buena. Ciertamente, él no podía correr más que los perros, ni de pie ni a cuatro manos. Pero sí podía nadar más deprisa que ellos. En el agua siempre tendría ventaja sobre los perros.

Así que, caminando como otro perro más, Jebediah Morgan se metió en las cenagosas aguas. A la luz de las estrellas vio de pronto las relucientes cabezas de los dos perros negros que nadaban hacia él, relucientes los ojos como fuegos amarillos.

Entonces, comenzó a nadar en el pantano.

## CAPÍTULO PRIMERO

Como todos los seres dotados de un mínimo de inteligencia aceptable Adam Morgan había ido evolucionando a medida que se iba haciendo mayor. No ya en el aspecto físico, lo cual le ocurre a cualquiera, sino en el mental y emocional.

La primera cosa por la que el atractivo, atlético e inteligente Adam Morgan había sentido una irresistible fascinación habían sido las aventuras. Esto comenzó hacia los ocho o diez años, y había durado bastante tiempo; y se lo tomó tan en serio que a los veintiséis años ingresó ni más ni menos que en la

C. I. A.

bajo cuyos auspicios, ciertamente, había vivido no pocas aventuras, algunas de las cuales habían dejado hartos probados su valor, inteligencia y eficacia.

Sin embargo, cuatro años más tarde, la evolución se estaba produciendo en Adam Morgan. Y, pensándolo detenidamente, tuvo que admitir que, en el fondo, siempre había llevado dentro aquel gusanillo que le empujaba hacia la Medicina. Pero, claro, a los diez, quince o veinte años la Medicina no parece, en la mayoría de los casos, tan apasionante como las aventuras. A los treinta, la cosa va cambiando. Sobre todo, cuando ya se han vivido aventuras peligrosas, y, lo que es peor, aventuras decepcionantes, de esas que dejan bien claro que el ser humano sólo sirve, generalmente, para proporcionar disgustos a los restantes seres humanos.

Trabajar para la

C. I. A.

en definitiva, había sido, en lo que se refiere a Adam Morgan, como meter las manos dentro de un gran cubo lleno de mierda.

Y estaba harto de tocar, ver y oler mierda.

Así que cierto día había sondeado a su hermano Jebediah sobre el particular, Jebediah, que había ingresado asimismo en la C. I. A.

algunos meses más tarde que Adam, le escachó atentamente, con aquella simpática sonrisita de granuja digno de confianza, y le había dicho que muy bien, que si él quería dejar la C. I. A, y ponerse a sus treinta añitos a estudiar para médico, de acuerdo, pero él no harta nada de eso. Quería seguir en la C. I. A..

Nada que oponer. Cada persona elige su camino. Adam Morgan lo pensó unas semanas más, y finalmente pidió la baja en la C. I. A. Su jefe le había escuchado amablemente, había dicho que comprendía sus razones, y que en breve se le notificaría la decisión que tomasen los jefes de la Central en Langley Claro que no habría problemas...

Al menos, para Adam Morgan. Pero...

Pero su hermano Jebediah había desaparecido.

Simplemente, había desaparecido. Aunque no tan simplemente... La

C. I. A.

había encargado a Jebediah Morgan que se introdujese en un grupo de negros de los que se sospechaba que tenían abundante armamento y de los que se sabía que se reunían con cierta frecuencia en determinado lugar de Miami. Muy bien. Jebediah Morgan se fue a Miami, se introdujo en el grupo de negros, al parecer hizo amistad con una bella negrita del grupo, llamada Marian Parker... y ahora, Marian Parker y el propio Jebediah habían desaparecido.

La

C. I. A.

había reaccionado drásticamente, acorralando al grupo de negros, quitándoles las armas y procediendo a un interrogatorio de esos que nadie puede resistir. Los negros detenidos lo dijeron todo, absolutamente todo... menos lo referente a Manan Parker y al agente de la

C. I. A.

Jebediah Morgan. De eso, no tenían idea. Lo último que sabían de ellos era que unas noches antes habían salido juntos, con el coche

de Marian, que por cierto se había colado por el guapo y simpático Jebediah.

Y eso era todo.

La

C. I. A.

avisó a Adam Morgan, le dijo que su hermano había desaparecido, y, claro está, le preguntaron si él tenía alguna idea respecto a algún insólito lugar donde, quizá, Jebediah y la negrita Marian podían haberse instalado. La rosa no le gustó en absoluto a Adam Morgan, porque dejaba entrever que, de un modo u otro, tal vez Jeb había hecho alguna jugada personal, posiblemente influenciado por la encantadora Marian Parker.

Así que Adam les dijo a sus jefes que se decidieran sobre lo de su dimisión, y pidió permiso para trasladarse a Tampa, donde su hermano Jebediah vivía en una graciosa casita en Bayshore Boulevard, con vistas a la pequeña y no menos graciosa Hillsborough Bay, pese a la presencia, en el sur de la pequeña península, de la base aérea militar.

Permiso concedido.

Adam Morgan, por tanto, se personó en la casa de su hermano en Tampa, con una idea interesante en la mente. Podía dejar su apartamento en Washington, instalarse en la casa de Jeb, y buscar alguna universidad cercana en la que pudiera dedicarse a satisfacer los deseos de su evolución: ser médico.

Sí, sí, de agente de la

C. I. A.

a médico hay una notable diferencia, pero son cosas de la evolución, igual podía darle, dentro de diez años, por ser cocinero. ¿Por qué no? A fin de cuentas, las posibilidades físicas y mentales del ser humano son infinitas en cuanto a su realización como tal. Lo importante es hacer algo en lo que se tiene fe.

Y ser agente de la

C. I. A.

era algo en lo que Adam Morgan ya no tenía fe.

Asunto decidido.

Y allá estaba, en la casa de su hermano Jeb en Tampa, desde hacía algunos días. Ni rastro de Jebediah.

¿Tendría razón la

C. I. A.

en su encubierta sugerencia de que quizá Jeb se había largado de Miami con Marian Parker para salvarla de caer en sus zarpas y vivir con ella una bonita historia de amor, quizá en Méjico, o en Jamaica, o en cualquiera de las acogedoras islas del Caribe? Factible, claro. Pero bastante absurdo, ya que ni Jebediah era un traidor, ni era tonto como para ignorar que el brazo de la

C. I. A.

es el más largo del planeta Tierra. Se escondiera dónde se escondiera, el brazo de la

C. I. A.

llegaría hasta él. Así que nada de historia de amor.

Y entonces... ¿Dónde estaban Jebediah Morgan y Marian Parker, qué había sido de ellos?

Adam Morgan dejó a un lado la revista médica en la que no conseguía concentrarse, y encendió un cigarrillo.

«—Quizá debería ir a Miami y seguir yo el rastro que haya podido dejar Jeb —se dijo—. Aunque si los compañeros destinados al caso no lo han encontrado...».

Estuvo fumando pensativamente unos minutos. Luego, recogió la revista, y se esforzó en comprender el artículo que le había llamado la atención. Bueno, todos le interesaban, desde luego, aunque su máximo interés estaba dirigido hacia...

Alzó vivamente la cabeza, mientras, por ya muy arraigados reflejos, su codo izquierdo presionaba en el costado para adquirir la certeza de que la pistola estaba allí. Dejó de nuevo la revista, y se puso en pie silenciosamente.

El ruido volvió a producirse, inclinó la cabeza, aguzó el oído... En la cocina.

Alguien había entrado en la cocina, por la puerta de atrás.

Su mano derecha retiró despacio la pistola de la funda auxiliar. Volvió a oír el ruido. Recorrió la salita sin hacer el menor ruido, y llegó a la puerta. El pasillo se extendía a la derecha hacia el pequeño vestíbulo de la casa; a la izquierda, hacia la cocina y el cuarto de baño.

La puerta de la cocina estaba cerrada, pero si quien había entrado hubiera encendido la luz se habría visto por debajo. ¿Podía ser un perro, o un gato, atraído por el olor a restos de comida? Era

un fastidio no tener incinerador en la cocina, sino un simple y maldito cubo, cuyos «aromas», desde luego imperceptibles para el olfato humano, podían atraer perros, gatos y hasta ratas. Por supuesto, si se quedaba a vivir allí lo primero que haría sería instalar un incinerador en la cocina.

Recorrió el pasillo silenciosamente, y se detuvo ante la cerrada puerta.

Sí, había alguien dentro. Oyó de nuevo el familiar ruido del cubo de la basura. ¡Malditos bichos! Aunque la culpa era suya, pues si habían entrado era porque él se había dejado abierta la puerta de atrás.

Con la mano izquierda empujó la puerta, y con el codo derecho accionó el interruptor de la luz.

Efectivamente, alguien estaba removiendo el cubo de la basura.

Alguien que se había vuelto hacia él con expresión aterrada, pero que enseguida mostró una sonrisa infantil en sus grandes ojos oscuros. Adam Morgan no conseguía reaccionar: miraba estupefacto a su hermano Jebediah, cuyo aspecto no podía ser más lastimoso. Estaba acucillado delante del cubo de la basura, cuya tapa estaba en el suelo. Le miraba ahora sonriente, y comía parte de la basura que tenía en una mano.

Adam reaccionó al estremecerse.

—Jeb... ¿Qué demonios estás haciendo? ¿De dónde sales?

La sonrisa cariñosa de Jebediah Morgan se esfumó. En sus ojos apareció el resplandor siniestro del miedo. Se encogió, y lloriqueó:

—No me pegues, no me pegues...

—¿Pegarte? ¿Estás loco? ¡Y deja esas porquerías, maldita sea! ¡Deja eso ahora mismo! —Tengo hambre, quiero comer... Adam, no me pegues...

Adam Morgan sacudió la cabeza. Guardó la pistola, y se acercó a Jeb, que se encogió tras desplazarse velozmente hacia un rincón.

—Jeb... ¿qué te pasa? ¿Me tienes miedo?

—A ti no... A ti, no... Tengo hambre, Adam...

—¿Seguro que no me tienes miedo?

—Sólo... un poco...

Adam Morgan se acercó más a Jeb, y se acucilló ante él, muy cerca. Le sonrió. Estaba asustado y desconcertado, pero consiguió que su sonrisa fuese como esperaba.

—Jeb, soy yo: Adam, tu hermano... ¿Qué demonios es eso de que me tienes miedo, qué te ocurre?

—Tengo hambre, tengo hambre...

—De acuerdo. Te voy a dar de comer.

—Sí, sí... si...

Adam se irguió, y se acercó al frigorífico. Lo estaba abriendo cuando oyó el rumor del desplazamiento de su hermano. Volvió la cabeza, y lo vio de nuevo ante el cubo de la basura, metiendo las manos, llevándose restos a la boca, mientras lo miraba de reojo. Consiguió no decir nada. Sacó una botella de leche, un gran trozo de *rosbiff*, media *pizza*, salami... Se acertó a Jeb, le puso en las manos la bandeja con el *rosbiff* y tapó el cubo de la basura. Jeb comenzó a comer la carne como una auténtica bestia. Cuando bebió la leche, se le desbordó por ambos lados de la boca... Se lo comió todo, absolutamente todo.

Adam lo miraba en silencio. Había comprendido ya que algo extraordinario estaba ocurriendo. Y además, había reparado no ya en el desastroso aspecto de su hermano, sino en las hinchazón de sus tobillos, codos y rodillas. La ropa caía hecha jirones, estaba sucia de lodo y de hierbajos secos.

—¿Te encuentras mejor, Jeb?

Éste le miró, y asintió con la cabeza. Olía muy mal, y muy pronto supo Adam por qué: Jeb comenzó a orinarse encima, impertérrito Jeb, ¿de dónde sales... qué te han hecho?

Jeb Morgan se encogió, mirándole con expresión aterrada.

—Cálmate —susurró Adam—. Todo está bien ahora. ¿Verdad que todo está bien ahora, Jeb?

—Sí, si...

—¿Cuánto hacía que no comías?

—He estado... algunos días... escondiéndome por todas partes... Quería venir aquí, pero que nadie... me viese... ¡Nadie tiene que saber dónde estoy, Adam, hermano!

—De acuerdo. Pero sí, se lo diremos a la

C. I. A.

Filos...

—¡No! ¡No, la

C. I. A.

no! ¡No! ¡Nadie, nadie!

—Tranquilízate. Si tú no quieres que la  
C. I. A.

lo sepa, no lo sabrá. ¿Confías en mí, Jeb?

—Claro —sonrió de pronto de aquel modo infantil Jebediah—. En ti, sí: eres mi hermano mayor. Te quiero, Adam.

Adam Morgan sintió como un golpe de lágrimas en los ojos, pero se contuvo. Sentía una congoja terrible, pero no tenía que demostrar nada ahora. Tenía que aparecer tranquilo, sereno, seguro.

—Yo también te quiero, pequeño Jeb. Oye, no le vamos a decir nada a nadie que estás aquí, ¿de acuerdo? Te diré lo que vamos a hacer: te acuestas y descansas hasta que quieras. Y mientras tanto, yo vigilaré que nadie venga por aquí, que nadie sepa que estás en casa. ¿Okay?

—Sí, Adam... Okay Voy a dormir. Tú vigila.

—Tranquilo. —Adam se golpeó el costado izquierdo, a la altura de la axila—: tengo aquí la pistola, nadie va a molestarte. Si lo intentan, les meto una bala en los huevos.

—Si —rió agudamente Jebediah—. ¡Una bala en los huevos! ¡Sí, si! Tengo sueño... Estoy en casa, voy a dormir... Voy a dormir.

—Duerme tranquilo, hermano. Yo vigilo.

Jebediah Morgan emitió un fortísimo eructo, se tendió de costado, recogió las piernas y los brazos, y apoyó la cabeza en la pared. Cerró los párpados. Todavía los abrió y cerró varias veces, siempre para mirar a Adam, antes de quedarse dormido. Tan profundamente dormido que más parecía muerto. Adam lo alzó cuidadosamente, y lo llevó a su dormitorio. Lo metió en la cama, lo tapó, y se sentó cerca del lecho.

Recordó de pronto la hinchazón en las articulaciones de Jebediah, y lo destapó. Tenía arañazos en todas partes, pero carecían por completo de importancia. Lo extraño y no poco inquietante era la hinchazón de las articulaciones. Las tocó, presionando suavemente. Le parecieron de caucho. Volvió a tapar a su hermano, y se sentó de nuevo.

Si algo había seguro en el mundo era que Jeb necesitaba cuidados médicos. Si avisaba a la

C. I. A.

Jeb tendría muy pronto lo mejor en cuidados médicos. Pero Jeb no quería que la

C. I. A.

supiera que estaba allí, que había vuelto a casa. Y no conocía a ningún médico en Jampa. ¡Aquella extraña hinchazón en las articulaciones...!

De pronto recordó la revista médica. Se puso en pie, y fue rápidamente a la salita. Tardó unos pocos segundos en encontrar la página que le interesaba. Allí estaba el artículo de la eminente traumatóloga, la doctora de raza negra Beverly Warden. Negra, como él y como Jeb. Allí decía que residía en Memphis. Tennessee.

Segundos más tarde, Adam Morgan solicitaba una conferencia de persona a persona con la doctora Beverly Warden, de Memphis. ¿Qué podía perder? Sólo el tiempo, y de eso parecía que disponía de bastante, a juzgar por la profundidad del sueño de Jeb.

Dejó su número a la operadora, y colgó. Minutos más tarde sonó el teléfono. No era la doctora Warden, pese a que la petición de conferencia era de persona a persona.

—Soy su madre —dijo la voz—. Beverly no puede ponerse de ninguna manera: está en Chicago, señor. ¿Quiere usted, que le pase algún recado? ¿Es amigo de ella?

—Ni siquiera nos conocemos, señora. He leído su nombre en un artículo que ella ha publicado en una revista médica. Bueno, tengo un caso que he pensado que podría interesarle...

—¿Es usted traumatólogo también, señor?

—No, no. Bueno, soy hermano del paciente...

—¿No pueden venir a Memphis? Si no hay contratiempos mi hija estará de vuelta por la mañana, y podrá atender a su hermano, si el caso es tan interesante.

—Sí, es... Bueno, yo no entiendo casi nada de medicina, señora, pero... ¡es tan raro!

—Si me dice de qué se trata se lo diré a mi hija esta misma noche, cuando ella me llame.

—Es que no sé... Tiene hinchadas las articulaciones, como si... como si hubiese estado caminando de rodillas y codos... Y lo he encontrado... comiendo basura... Mire, déjelo, ya buscaré otro médico, no quisiera...

—¿Me dice su nombre y número de teléfono, señor?

Adam Morgan titubeó, pero decidió que no perdía nada, salvo otro poco más de tiempo. Además, eran casi las diez de la noche...

Y no tenía ni idea de a quién recurrir aparte de la

C. I. A.

Dio su nombre y el número de teléfono.

Regresó al dormitorio, y de nuevo se sentó junto a su hermano, que dormía al parecer profunda y apaciblemente.

«¿Dónde ha estado? —se preguntó—. Parece como si hubiera estado en los pantanos... Pero Jeb y yo conocemos los pantanos cerca de aquí. No los Everglades, que quedan más lejos. Y desde Los Everglades no habría podido llegar a pie... ¿O sí? Si hace días que no come, es posible que venga desde allí. Y escondiéndose. Parece como si no hubiera querido que lo viese nadie... Y su aspecto es terrible, como de fiera acorralada. ¿Y la chica, esa Marian Parker, dónde está?».

Se le ocurrió que quizá Jebediah llevase encima algo que pudiera orientarlo, y, cuidadosamente, procedió a buscar en los bolsillos de aquellos andrajos en que se habían convertido sus ropas. No llevaba nada: ni dinero, ni documentos, ni llaves, ni tabaco... Nada.

Al moverle cuidadosamente el brazo izquierdo vio los pinchazos, en la cara interna del codo. Se quedó mirándolos. Había varios pinchazos de aguja endovenosa. Sí, le habían inyectado algo en la vena.

¿O se lo había inyectado él? ¿O la chica negra llamada Marian Parker?

¿Que le habían inyectado a Jeb? Sí, se lo habían inyectado, porque Jeb jamás habría tomado drogas. Absurdo. Y además, ¿qué podían tener que ver las drogas con la labor que para la

C. I. A.

estaba realizando Jeb en Miami?

El teléfono sonó tan sólo media hora más tarde, y Adam se apresuró a atender la llamada en la salita. Era de nuevo la madre de la doctora Beverly Warden.

—¿Señor Morgan?

—Sí, señora. Dígame.

—He estado hablando con mi hija hace unos minutos, señor Morgan. En efecto, ella va a regresar mañana por la mañana a primera hora, y me ha asegurado que se las arreglará para enlazar con algún vuelo que la lleve al Aeropuerto International de Tampa.

Calcula que pueda llegar hacia las once, si usted sigue interesado en que ella vea a su hermano. ¿Le sigue interesando?

—Sí... Sí, claro.

—¿Puede usted estar en el aeropuerto a las once?

—Desde luego.

—Entonces, mi hija irá a Tampa. Buenas noches, señor Morgan.

—Buenas noches... Muchísimas gracias por todo, señora.

Colgó lentamente.

¿Qué podía perder? Sólo eso, un poco de tiempo. Y por el momento, el tiempo no importaba, pues cuando regresó una vez más al dormitorio Jebediah seguía durmiendo profundamente, y parecía que tenía sueño para muchas horas.

Muy bien.

A las once de la mañana estaría en el aeropuerto.

## CAPÍTULO II

Adam Morgan era un hombre dispuesto a evolucionar en todo. O en casi todo, para ser más exactos, porque había algo en lo que jamás iba a evolucionar. A decir verdad, ni siquiera se le había ocurrido. Este algo, era en lo referente a las mujeres.

Le gustaban las mujeres, y, en este punto, era un inmovilista: le gustaban las chicas, le habían gustado, y le seguirían gustando siempre.

Fue por eso que se fijó inmediatamente en la hermosa mujer de raza negra que había llegado en el vuelo de las once y veinte de la mañana procedente de no sabía dónde, porque no le interesaba ese detalle; lo único que le interesaba era observar a los pasajeros de todos los aviones que llegasen a partir de las once de la mañana, y a eso se dedicaba.

Así que se fijó en la preciosa negra vestida con un precioso traje chaqueta de color blanco, zapatos blancos, y maletín de color negro. Caramba, un maletín. ¿Podía ser la doctora Warden? Estuvo mirándola un par de minutos, y decidió que no. Aquel bombón no tenía aspecto de médico ni en sueños. Claro que el maletín... Movié la cabeza, y, sobresaltado, recordó que mirando a la bellísima negra había descuidado su examen del resto de los pasajeros de aquel vuelo.

Tremendo fallo que había que corregir inmediatamente, así que desvió la mirada en busca del resto de los pasajeros. Demasiado tarde. En sus dos minutos de embobamiento total, los pasajeros habían desaparecido...

—¿Es usted el señor Morgan?

Volvió lentamente la cabeza, y se quedó mirando a la negra del maletín negro e indumentaria blanca. Preciosa. Increíble. Tenía una

boca preciosa, en absoluto abultada, y sus ojos eran enormes, magníficos, inteligentes. Adam Morgan también era inteligente, así que comenzó a rendirse a la evidencia.

—¿Doctora Warden? —musitó.

—Sí, en efecto. Me di cuenta de que me estaba mirando antes, pero como no se acercó pensé que no era usted. Sin embargo, no veo a nadie más que parezca estar esperando. —Perdóneme. Soy Adam Morgan, desde luego. Me... confundí un poco al verla.

—¿Se confundió? ¿Acaso no me parezco a las fotografías que haya podido ver de mí? —No he visto ninguna. La verdad es que no la conocía más que... Bueno, anoche leí un artículo suyo en una revista médica.

—¿Y eso le decidió a llamarme a Memphis?

—Sí... Sí.

—Bueno, es usted un hombre muy decidido, señor Morgan. En cuanto a mí, no quiero parecerle brusca o precipitada, pero mi tiempo es oro.

—Sí, lo comprendo. Si me da la contraseña de su equipaje iré a recogerlo...

—Lo envié a casa. Sólo traigo mi maletín.

—Estoy seguro de que con eso tendrá suficiente. Bien...

—¿Algo no va bien, señor Morgan?

—Verá usted —sonrió de pronto Adam—, lo cierto es que yo esperaba encontrarme con una persona muy diferente.

—¿Mejor o peor?

—En la presencia física, bastante peor, francamente. Usted no va a molestarse si le digo que no parece una doctora, ¿verdad?

—No —rió Beverly Warden—. Pero dígame: ¿qué parezco?

—Bueno, no sé... Una bailarina, una deportista... Algo así.

Beverly Warden se echó a reír. Adam Morgan sintió un súbito vacío en el estómago. De pronto, le pareció que nada podía ir mal a partir de aquel momento. El día era hermoso. La vida era hermosa. Los dientes de la doctora Warden eran de una blancura hermosísima.

Todo era hermoso.

—¿Tiene usted coche, señor Morgan?

—Sí, por supuesto. Permítame su maletín...

—No, no, por favor. Una deportista tan fuerte como yo no se va

a fatigar por llevar un simple maletín, ¿no le parece?

—Espero no haberla ofendido —murmuró Adam, comenzando a caminar.

—Claro que no —caminó ella a su lado—. Al contrario, debo interpretar como halagos sus palabras. ¿O no?

—Mi intención era absolutamente elogiosa, desde luego. Pero eso de llamarla bailarina... —En cierto modo, lo soy Y también deportista.

—Ah. ¿De veras?

—He ganado algunos campeonatos de tiro al blanco con pistola, juego bastante bien al tenis, monto aceptablemente, nado magníficamente, y además, en lo que respecta a bailarina, pues... tengo nociones de determinado baile muy interesante.

—No lo pongo en duda —dijo el pasmado Adam—. ¿Qué baile es ése?

—La *capoeira*. ¿Lo conoce usted?

El pasmo de Adam Morgan aumentó. Se quedó mirando a Beverly Warden fijamente, sin dejar de caminar.

—La *capoeira* no es sólo un baile, sino también una lucha brasileña, doctora —murmuró—. Sí, lo sé.

—Bueno —movió la cabeza Adam—. Con usted se va de sorpresa en sorpresa.

—¿Le parece que debería dedicarme sólo a la Medicina?

—Caramba, no. Además, resulta evidente que todas esas cosas las hace usted *además*, de su trabajo, lo que resulta admirable, en mi opinión.

—Las posibilidades del ser humano son tantas que me parecería absurdo no aprovecharlas. Mire usted, yo amo mi trabajo por encima de todo, pero creo que eso no debe impedirme disfrutar de otras cosas. Además, el estancamiento es pernicioso para la salud física y mental. Hay que evolucionar en todo lo posible, señor Morgan. ¿No está usted de acuerdo?

—¿De acuerdo? —Se pasmó de nuevo Adam—. ¡Eso es como si hubiera leído usted mi pensamiento!

—Ah, muy bien... Deduzco de ello que usted también sabe hacer muchas cosas. —Algunas. Ahí está mi coche.

Ocuparon los asientos delanteros. Adam puso el motor en marcha, y partió para tomar Columbus Drive, en la zona sur de las

instalaciones del aeropuerto.

—¿Qué cosas sabe hacer usted? —preguntó de pronto Beverly.

—Bueno, no sé montar a caballo, pero sí juego al tenis, sé algo de boxeo y karate, sé nadar, pilotar un vehículo cualquiera, cocinar lo necesario... y hasta me atrevería a hacer algún que otro juego de manos.

—¡Eso es formidable! Pero ¿a qué se dedica usted?

—Soy viajante.

—Viajante. ¿De qué?

—Represento alimentos en conserva en todo el país.

—Alimentos en conserva... ¿Eso le parece interesante?

—No demasiado —gruñó Adam—. Por eso, últimamente, he decidido dedicarme a estudiar Medicina.

—¡Caramba! —Le miró con los ojos muy abiertos Beverly—. ¿Qué me dice? ¿Cuántos años tiene usted, señor Morgan?

—Más que usted —sonrió hoscamente Adam—, que ya es doctora. Y de las mejores Tengo treinta años. ¿Le parece que ya soy viejo para dedicarme a estudiar?

—¡Por supuesto que no! Es sólo que me ha sorprendido. Es que no tiene usted aspecto de médico, ni ahora, ni creo que lo tenga en el futuro.

—Usted tampoco.

—De nuevo un elogio, supongo —rió Beverly—. Es usted muy amable, de veras.

—En serio: ¿le parece que es demasiado tarde para mí?

—¿Por qué motivo? Si tiene treinta años, a los treinta y cinco o treinta y seis puede empezar a ser un buen médico. ¿Por qué no? Recuerdo que de niña conocí a una anciana de lo más extraordinario. Sorprendió a todos un día diciendo que quería estudiar chino. Tenía setenta y cuatro años, y, dicho sea todo, no era precisamente una persona culta. La mayoría se rió de ella.

—¿Y qué pasó?

—A los setenta y ocho años hablaba estupendamente el chino, y comenzó a ganar más dinero que su familia haciendo traducciones y adaptaciones de toda clase. Y lo pasó estupendamente hasta que murió, a los noventa y un años.

—Es lo más alentador que podía haberme dicho persona alguna —murmuró Adam—. Gracias, doctora. Y ya que estamos hablando

de mi futura profesión, ¿quiere que le describa un poco los... síntomas de mi hermano?

—Le escucho con suma atención.

—Bueno, llegó a casa en un estado lastimoso, con las ropas destrozadas y poco menos que muerto de hambre. Al parecer, llevaba tres días sin comer...

—¿Cómo es posible? ¿No había comida donde él estaba?

—Bueno... No sé. La verdad es que ni siquiera sé dónde ha estado estos días... Ha estado varios días fuera de casa, no tengo ni idea de dónde. Y como le digo, de pronto regresó. Yo estaba en la sala, esperándole, preocupado por él. Tenía la esperanza de que regresaría, o quizá que llamara por teléfono por si yo le hacía una visita... Oí ruido en la cocina, y fui allá. Encontré a mi hermano delante del cubo de la basura, comiendo...

—¿Comiendo basura?

—Sí. De momento sólo vi su estado... Pareció que me tenía miedo. Me dijo... me dijo que no le pegase...

—¿Acaso acostumbraba usted a pegarte? ¿Cuántos años tiene su hermano?

—Jamás he pegado a mi hermano —masculló Adam; y de pronto sonrió—. Lo que por otra parte me habría resultado un poco difícil; tiene veintisiete años, y es un atleta. Pero ya verá cómo está ahora. Me dio la impresión de... de un pobre animalito acorralado. Se orinó encima y se durmió allí mismo, en el suelo, como... como un perro. Lo llevé a la cama, y miré con más atención su cuerpo. Tiene hinchados los tobillos, las rodillas y los codos. Está famélico, asustado... Y tiene varios pinchazos en el brazo.

—¿Qué clase de pinchazos?

—Bueno, de inyectables, ya sabe. En la vena interna del codo, no sé cómo se llama... Si va a preguntarme si mi hermano se droga, olvídelo: jamás lo ha hecho, y jamás lo hará.

—¿Qué explicación daría usted a esos pinchazos?

—No se me ocurre absolutamente nada salvo que alguien le pinchó.

—¿No se lo dijo su hermano?

—No. Sólo le preocupaba que no le pegase, y comer. Comió como un animal hambriento, y... se durmió tras orinarse. Además, me terno que después, en la cama, también se... Bueno, defecó.

Naturalmente, antes de que usted le examine lo meteré en el baño.

—No se preocupe en absoluto por eso —murmuró Beverly—. ¿Qué más?

—Nada más.

En realidad, Adam Morgan pensaba que le había dicho demasiadas cosas a la doctora Warden, aunque en su mayor parte disculpables. Si ella podía hacer algo por Jeb, debía colaborar lo máximo posible, informarla de lo necesario en la cuestión física y estado mental de su hermano. Pero de ahí a entrar en detalles sobre la C. I. A, y la negativa de Jeb a que la avisara había un abismo. Escucharía a la doctora Warden después que ésta examinara a Jeb, y luego tomaría una decisión. Sabía que tarde o temprano tendría que notificar a la

C. I. A.

la reaparición de Jeb.

Sí, tendría que hacerlo, a menos que quisiera que la desconfianza todavía leve de la

C. I. A.

subiera de tono.

La doctora Warden permanecía en silencio. Adam la miró de reojo, y la vio con la mirada fija al frente. Tenía un encantador hoyuelo en la barbilla. Un cuello esbelto, bellísimo... Su cuerpo no podía ser más espléndido. Bajo la chaqueta, la blusa se había abierto un poco, y Adam pudo ver parte del seno derecho, terso y lustroso como seda. Pero sobre todo, los ojos... Los negros, inteligentes, bellísimos ojos de la doctora Warden...

«—Buen momento para enamorarse —pensó Adam—. ¡Si, señor, buen momento! Voy a dejar la

C. I. A.

tendré que buscarme algún trabajo que me permita estudiar, mi hermano está medio muerto, la

C. I. A.

desconfía de él y a lo mejor hasta de mi... ¡Sí señor, buen momento, maldita sea mi estampa!».

Había estado bajando por Dale Mabry Highway Se desvió por Grand Central Avenue, al frente fueron divisando algunos de los edificios de Davis Island.

«—Me parece que me he complicado la vida por complacer a

Jeb. Pero estaba tan asustado. ¿Qué le han hecho, dónde, quién...? ¿Y dónde está esa maldita Marian Parker?».

—Está muy preocupado, ¿verdad?

Miró con contenido sobresalto a Beverly Warden, que le miraba atentamente, vuelta hacia él. ¡Dios, qué ojos...!

—Claro —murmuró—. Claro.

—Es natural.

—Eso no disminuye mi preocupación.

—Tranquilícese. Le aseguro que su hermano será atendido del mejor modo posible.

«—Seguro —pensó Adam—. Sobre todo, en cuanto la C. I. A.

asome su nariz por aquí y quieran llevárselo. Oh, claro que lo cuidarán, claro... Pero será para ponerlo en condiciones para preguntarle cosas. Me extraña que no haya por aquí ninguno de nuestros compañeros... Si desconfían de Jeb, también deberían desconfiar de mí, sobre todo después de pedir la baja. ¿No han puesto a nadie vigilando la casa, vigilándome a mí? Eso sí que es extraño de verdad... Tan extraño, que no es creíble. ¡Maldita sea...! ¿Cómo no he pensado antes en ello? Supongo que he estado ofuscado con lo de Jeb... ¡Pero claro que deben tener a alguien vigilando la casa! Y ya deben saber que Jeb ha regresado, pero me están dando cuerda larga... No me sorprendería nada encontrarme a unos cuantos muchachos al entrar en casa de Jeb... ¿Y qué le digo yo entonces a esta preciosidad de negra piel de seda?».

Conduciendo mecánicamente, se encontró en Bayshore Boulevard. Pocos minutos más tarde, detenía el coche ante la casa de su hermano. Todo parecía normal, en calma, tranquilo. Quizá se había inquietado por nada, y Jeb, simplemente, seguía durmiendo tan profundamente como cuando lo había dejado aquella mañana. Pero ya no podía tardar mucho en despertar. Catorce horas de sueño eran demasiadas. Claro que en cierta ocasión, en la Martinica, él...

—¿Hemos llegado?

Miró lentamente a Beverly Warden.

—Sí... Discúlpeme, estaba distraído.

—Ya me he dado cuenta —sonrió Beverly.

Adam salió rápidamente del coche, dispuesto a abrirle la

portezuela a la doctora. Con seguridad era lo que ella esperaba. Pero no, porque salió al mismo tiempo que él.

Se dirigieron hacia la casa. Por entre ésta y otra vecina se veía el refulgir del mar en la pequeña bahía de Hillsborough. Era un sitio agradable para vivir.

Abrió la puerta.

—Pase, por favor.

Beverly entró, él lo hizo detrás, y cerró. Señaló hacia el pasillo. Pasaron frente a la salita. Todo estaba en silencio, todo estaba inundado de resplandor de sol. Excepto el dormitorio donde descansaba Jebediah Morgan, pues Adam había cerrado completamente la ventana y ajustado la puerta. Empujó ésta, y encendió la luz.

El lecho estaba vacío.

Adam lanzó una exclamación, y, por un instante, quedó sin saber qué hacer. De pronto, regresó al pasillo, y corrió hacia la cocina. Empujó la puerta de ésta, y eh seguida vio al hombre tendido de bruces en el suelo. Era muy rubio, de raza blanca. Su postura era trágica.

Jeb no estaba en la cocina, comiendo basura...

Beverly Warden pasó rápidamente junto a Adam, y fue a arrodillarse junto al hombre rubio. Sus finos dedos se pusieron en un lado del cuello, con exquisita suavidad, mientras sus ojos contemplaban la mancha de sangre que se extendía por la espalda alrededor del impacto de bala.

Adam Morgan, demudado el rostro se acuclilló al otro lado del hombre rubio.

—¿Está muerto? —susurró.

—No. Traiga tijeras, vendas, y algo para limpiar la herida... ¡Dese prisa!

Adam salió disparado hacia el cuarto de baño. Mientras buscaba en éste lo pedido por Beverly Warden, su mente funcionaba a toda presión. Estaba seguro de que el hombre rubio era de la

C. I. A..

¡Segurísimo! Es decir, un compañero que, en efecto, había estado vigilando la casa. Le había visto salir... y posiblemente había visto la noche anterior llegar a Jeb. O él, o cualquier otro compañero que estuviese de turno entonces. Y como él no había avisado, en efecto,

le habían dado cuerda larga.

Poca vigilancia. La justa para que él no se diese cuenta. Cuando él había salido hacia el aeropuerto, el agente de la C. I. A.

había decidido quedarse... ¿Esto era razonable? No. Lo lógico sería que le hubiera seguido a él, o que hubiera avisado a otro compañero para que le siguiera. Pero no le habían seguido, estaba seguro... Y comprendió de pronto por qué: sabían que él iba al aeropuerto en busca de aquella doctora Warden... ¡Lo sabían! Pero no se habrían atrevido a colocarle micrófonos a él, claro que no. Así que... ¡el teléfono! Tenían intervenido el teléfono, lo sabían todo, sabían que él había ido a buscar a la doctora... y le habían dejado hacer, manteniendo una vigilancia discreta.

Sin embargo, el hombre rubio, finalmente, había entrado en la casa. Esto era extraño, sus órdenes no debían ser ésas, así que si había entrado era quizá porque vio a alguien que entraba antes, fue a ver qué pasaba... y le metieron una bala en la espalda.

Cuando Adam regresó con lo pedido por Beverly, ésta estaba ya desgarrando la chaqueta del hombre rubio, lo que terminó de hacer más fácilmente con las tijeras, cortando la tela. La chaqueta fue abierta hacia los lados.

Adam Morgan apretó los labios al ver la herida. Beverly le miró de pronto.

—Me parece, señor Morgan —susurró—, que no tiene usted ni idea de todo esto, ¿verdad? Pero sí se dará cuenta de que mi situación es un tanto... delicada, por decirlo de alguna manera. Creo que habrá que avisar a la Policía... a menos que a usted se le ocurra una idea mejor. ¿Se le ocurre?

—No se preocupe por eso ahora. Cuide de él, eso es todo.

—Muy bien. ¿Le conoce?

—No... no.

—Me parece que no lo ha dicho muy convencido. ¿Lo conoce o no?

—Ya le he dicho que no. Nunca le había visto antes. ¿Cree que morirá?

—No lo sé. Pero sí sé que se hará...

Beverly Warden miró de pronto hacia la puerta de la cocina que daba al interior de la casa. Adam Morgan vio su súbita expresión de

alarma, y el elástico gesto con que inició un movimiento... Justo entonces algo impactó en el pecho de la doctora Warden, en el escote, hundiéndose en el borde interno del seno izquierdo. Todavía pudo la doctora tender las manos hacia su maletín, pero enseguida rodó por el suelo como muerta.

Adam Morgan estaba girando ya, todavía acucillado, mientras hundía la mano derecha bajo la axila izquierda en busca de la pistola. Mientras la tocaba, vio a los dos hombres de raza blanca, cada uno de ellos con una pistola en la diestra. Uno de ellos disparaba en aquel momento. Adam Morgan sintió el impacto en forma de pinchazo en el cuello. Sacó la pistola... y rodó por el suelo, como la doctora Warden, convencido de que su cabeza salía disparada hacia la más profunda y desoladora región de las más negras sombras.

Los dos hombres acabaron de entrar en la cocina. Uno de ellos aplicó un puntapié indiferente al costado de Adam.

—Menos mal que les vimos venir. Este tipo debe ser de cuidado.

—¿Y la negra? ¿Quién debe ser?

—Ni idea, Pero es muy bonita. Y además, es negra —el hombre sonrió—. Nos la llevaremos, también. Ya sabes que a Marvelous Man<sup>[1]</sup> cuantos más negros le llevemos mejor le parecerá.

—Sobre todo, si son como esta negrita... ¡Vaya bocado exquisito!

—Para lo que van a hacer con ella... Ve a hacerle la señal a Forester, que se acerque con el coche. Creo que cabrán los tres en el maletero. ¡Maldito negro, el trabajo que nos dio cuando escapó de la granja! Menos mal que teníamos su documentación y sabíamos dónde vive. Bueno, ve a avisar a Forester de una vez. Cuanto antes nos larguemos de aquí, mejor.

El otro salió de la casa por la parte de atrás. El que se había quedado se acercó a Beverly Warden, y le retiró del seno el pequeño dardo narcótico, que se guardó en el bolsillo. Se quedó mirando a la bella negrita, y por fin, despacio, introdujo una mano por el escote, y manoseó los turgentes pechos, entre complacido y burlón.

—Eres la negra más guapa que he conocido en mi vida, amiguita, pero, verdaderamente, ¡de lo que va a servirte! Dentro de poco, en cuanto empieces a comer mierda, ya no me parecerás tan bonita... ¡Lástima!

## CAPÍTULO III

El primero en despertar fue Adam Morgan. Abrió los ojos, y los dejó quietos.

No veía nada.

Parpadeó, pero la oscuridad persistió. Se llevó una mano a los ojos, pensando que quizá los tenía vendados, aunque no percibía nada ante ellos. No los tenía vendados. Simplemente no veía.

Se estremeció. Miles de pensamientos pasaron velozmente por su imaginación. ¿Se había quedado ciego? ¿Estaba muerto y creía que acababa de despertar? ¿Había despertado, en efecto, pero a la Muerte?

Recordó, vagamente, un sonido familiar... El zumbido de una avioneta. Sí, en algún momento no lejano al de su despertar, había oído una avioneta, estaba seguro. Ahora oía otros sonidos... Como gruñidos. Gruñidos. Lejanos. Amortiguados. Gruñidos de animal... Se movió. Seguía oyendo los gruñidos. O quizá lo soñaba. O quizá estaba muerto. Se tocó de nuevo la cara, el pecho... El pecho desnudo. Se tocó rápidamente otras partes del cuerpo. Estaba completamente desnudo. Tan desnudo como un animal.

Lentamente, se puso en pie, extendió los brazos, y dio unos cuantos pasos. Sus manos tocaron algo duro y rugoso. Madera... No, no era madera trabajada: eran troncos. Una pared de troncos. Siempre tocando los troncos se fue desplazando, percibiendo claramente que iba describiendo un círculo cuyo centro estaba en su espalda. Estaba en una construcción circular.

De pronto le pareció ver como una cuchillada de claridad, a su izquierda a un nivel más bajo que su cabeza. Se inclinó. Había una rendija, y por ella, en alguna parte vio luz. Luz eléctrica, le pareció. Había más rendijas entre otros troncos, pero no pudo ver más que

aquella luz, y sólo en una parte de la pared. Es decir, que frente a aquella circular construcción de troncos, en alguna parte, había luz.

Siguió corriendo la pared, tanteando. Si era una construcción, aunque fuese una simple cabaña de troncos, debía haber una puerta...

Hacia el centro de la cabaña o lo que fuese oyó un rumor. Enseguida, un suspiro. Luego, de huevo el rumor. Creyó comprender.

—¿Doctora? —susurró.

—Señor Morgan... ¿Dónde está?

—No se mueva de ahí.

Se dirigió hacia donde había localizado la voz, con las manos por delante y un poco bajas. Tocó la cabeza de la doctora, que permanecía sentada. Se sentó frente a ella, y, al bajar sus manos, notó en ellas el contacto de carne tibia y sedosa. En el acto se dio cuenta de que tenía sus manos sobre los pechos de la doctora Warden.

Las retiró, murmurando:

—Lo siento.

—Estoy desnuda —dijo ella.

—Yo también.

—Ah...

Adam Morgan ensayó una risita, que no le salió perfecta, ni mucho menos.

—Espero que no piense que la he traído aquí para violarla, y cosas de ésas. La verdad es que no tengo ni idea de dónde estamos. Creo que nos han transportado en una avioneta.

—¿Usted no tiene nada que ver con esto?

—Claro que no. Había dos hombres en la casa...

—Sí, los vi.

—Debían estar dentro cuando llegamos, y se escondieron en el otro dormitorio. Creo que nos dispararon dardos narcóticos.

—Por fortuna.

—Sí, claro.

—¿Seguro que esto no es una... broma de usted, señor Morgan?

—No diga tonterías, ¿quiere? —Gruñó Adam—. Creo que aquellos hombres fueron a recuperar a mi hermano, y nos vieron llegar, eso es todo.

—¿Y el herido, el rubio que encontramos en la cocina?

—No sé —mintió Adam—. ... ¿Se encuentra usted bien?

—Creo que sí. ¿Sabe usted dónde estamos?

—Dentro de una cabaña circular construida con troncos. Hay luz en alguna parte fuera de aquí, pero no consigo ver de qué se trata. Puede ser una casa, un coche, la avioneta... No sé.

—Esto huele muy mal.

—¿Mal? ¡Huele asquerosamente! Siento mucho haberla metido en esto. Lo siento de veras.

—¿En qué me ha metido?

—No Tengo la menor idea, pero sí sé que es desagradable.

—¿No está aquí su hermano?

—No lo sé, pero supongo que no. Habría despertado él también. Incluso antes que nosotros, ya que debieron capturarlo antes. No creo que lo hayan matado... Lo habrían hecho allí mismo, lo habríamos encontrado muerto en su cama...

—¿A qué se dedica su hermano?

—¿Por qué lo pregunta?

—Debe tener una profesión muy interesante para que él y su familia se encuentren en situaciones como ésta.

—Trabaja de lavacoches.

—Ah. Interesante profesión, sin duda. Y peligrosa. Quizá lavó mal el coche de alguien, y esa persona se enfadó con él.

—Me admira su entereza. ¿No está asustada?

—¿Asustada? Tengo que elegir entre estas dos cosas, señor Morgan: o seguir hablando de tonterías, o ponerme a gritar.

—Sigamos hablando de tonterías, entonces —sonrió en la oscuridad Adam Morgan—. Diga todo lo que se le ocurra, por mí no se preocupe.

—Lo único que se me ocurre es que usted me está mintiendo. Estas cosas no les pasan a un lavacoches ya un representante de alimentos en conserva. Ustedes deben ser... contrabandistas, o algo así.

—Muy bien, pues contrabandistas. A su gusto. Siga diciendo lo que quiera, pero sobre todo no pierda los nervios. No sé cómo, pero la sacaré de aquí. No le ocurrirá nada... mientras yo pueda evitarlo. Estaba buscando una puerta. Debe haberla, y quizá podamos abrirla.

—Si nos han encerrado en una cabaña no creo que hayan dejado la puerta abierta. ¿Tampoco conocía a aquellos dos hombres?

—Tampoco. Quédese aquí, yo voy a ver si localizo la puerta. Conserve la serenidad, se lo ruego.

—Me tranquiliza mucho oírlo. Procuraré complacerle.

—Muy bien. Voy a ver si doy con esa puerta. ¿Seguro que está bien? Lo digo porque si hay una puerta y puedo abrirla es más que posible que tengamos que escapar por unos pantanos, lo que no será fácil.

—¿Cómo sabe lo de los pantanos?

—Estoy convencido de que mi hermano estuvo por unos pantanos. Si son los que están relativamente cerca de Tampa, no tendremos problemas, pues tanto Jeb como yo los conocemos bien, veníamos mucho por aquí de muchachos... Pero si estamos en Los Everglades, más hacia el Sur...

No terminó la frase, pero tampoco hacía falta. Sí estaban en una zona que él desconocía la situación era peor de lo que parecía. Si es que podía ser peor de lo que parecía.

Tras unos segundos de silencio, Adam Morgan regresó, siempre con los brazos por delante, hacia la pared de troncas, y comenzó de nuevo a tantear cuidadosamente.

—¿No oye usted como unos gruñidos? —susurró Beverly.

—Sí, pero no consigo saber de qué son.

—Son de cerdos.

—¿Qué?

—De cerdos. Usted, como representante de carnes, sabrá sin duda lo que es un cerdo. —Sí... Desde luego. Precisamente, uno de los artículos más vendidos de los que represento son unos estupendos jamones de York... ¿Está segura de que son cerdos?

—Pura y simplemente cerdos, señor Morgan. Espere, no se mueva de ahí. Buscaremos juntos esa puerta. No se mueva.

A los pocos segundos, Adam sentía junto a él a Beverly Warden. Oía su respiración acompasada, sentía el calor de su cuerpo... Una mano de ella le tocó en el pecho.

—Supongo —murmuró Adam— que prefiere usted hacer algo a estar quieta ahí, así que podemos dedicarnos los dos a buscar la puerta. Usted vaya hacia su derecha, y yo hacia mi izquierda. Es de esperar que alguno de los dos encontraremos la puerta antes de

volver a reunimos.

—Buena idea.

Se separaron, tocando la pared de troncos. A los pocos segundos sonó la voz de Beverly:

—Señor Morgan, creo que la he encontrado.

—¡Me reúno enseguida con usted!

Caminó rápidamente siempre de costado, siempre tocando la pared de troncos, hasta que su cuerpo entró en contacto con el de la doctora.

—Precisamente —dijo ella—, es aquí donde se ven unas rayas de luz. He mirado, pero no veo nada, salvo la luz.

—Debí comprender que la puerta tenía que estar aquí. Pero al no encontrar ningún cierre... Vamos a buscar con toda atención. Desde luego, si hay algún cierre no está donde debería estar... Espere, aquí arriba noto algo. Hay algo que parece un palo... Y una cuerda. Me parece que ya entiendo.

Estirando los brazos, Adam había tocado, en efecto, lo que parecía un palo, en una posición en la que Beverly, menos alta que él, no podía alcanzar. Parecía que el palo tenía un agujero, por el cual se había pasado una cuerda que a su vez llegaba desde el exterior por otro agujero practicado en uno de los troncos.

La idea era simple. Fuera de la cabaña debía colgar la cuerda unida al palo, que hacía de cierre. Desde fuera era fácil abrir, con sólo tirar de la cuerda, pero no desde dentro. Sin embargo, Adam encontró pronto la solución: separó cuanto pudo un extremo del palo, metió un dedo en busca de la cuerda, y, de pronto, lanzó una maldición ahogada. La cosa era mucho más simple de lo que parecía: simplemente, empujó el palo hacia arriba, desalojándolo de su posición.

La puerta se movió un poco hacia dentro. Beverly vio la separación, e introdujo los dedos.

—Ya la tengo —susurró.

Adam la ayudó a tirar de la puerta. Inmediatamente, vieron los recuadros de luz, a cierta distancia. Ventanas. Casi enseguida, al resplandor de esas luces distinguieron los contornos de una edificación.

—Parece un *bungalow* —musitó Adam.

—Tengo frío —dijo ella.

Adam volvió la cabeza, y distinguió la desnuda silueta de Beverly Warden. Una hermosa y reluciente silueta. Ella había cruzado los brazos sobre los senos, y miraba ahora hacia arriba. Adam también vio las estrellas. No había luna.

Miró hacia el *bungalow*, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que a su derecha había más cabañas como la que acababan de abandonar. Todas tenían la misma forma. Parecían chozas de un poblado... Ahora no oían nada, ni siquiera los gruñidos de los cerdos. ¡Cerdos! ¿Dónde demonios estaban? A juzgar por cómo olía, en una pocilga... Lógico. Una pocilga. Cerdos.

—No se separe de mí —susurró Adam—. Sea donde sea que estemos, la avioneta debe estar cerca. O algún vehículo.

—¿No va a mirar qué hay en el *bungalow*?

—¿Qué puede haber? Hombres armados, lo más seguro. Y usted y yo ni siquiera tenemos ropa. Todo lo que podemos hacer es intentar huir.

—¿Y su hermano?

—Desde luego, tiene que estar aquí. Pero no podemos hacer nada por él, ni por nosotros mismos, en estas condiciones. Veamos de escapar... y ya volveremos. ¡Vaya si volveremos! Venga, doctora, camine junto a mí.

Le pasó un brazo por los hombros, notando la frialdad de la piel de Beverly. La fría y sedosa suavidad de su carne, que le ocasionó un incontenible estremecimiento de placer.

—¿Usted también tiene frío? —preguntó ella.

—Sí... un poco, claro.

Estaban caminando, alejándose del *bungalow* iluminado. No, no se oía nada ahora.

No se oyó nada.

Simplemente los perros aparecieron.

O lo que fuesen.

Se detuvieron en seco los dos. Frente a ellos, los negros perros tan sigilosamente aparecidos se sentaron de cuartos traseros, y eso fue todo. Eran enormes. Debido a la luz que llegaba del *bungalow* sus ojos relucían de un modo siniestro, amarillo. Igual que sus colmillos.

Adam y Beverly estaban como petrificados. Los dos contaron cinco perros. Cinco inmóviles, silenciosas, terribles bestias que,

sencillamente, los estaban mirando.

—No haga movimientos bruscos —susurró Adam—. ... Y no se le ocurra gritar. Por lo que más quiera, no demuestre miedo. Todo lo que tenemos que hacer es volver a la cabaña... o nos despedazarán.

Dieron la vuelta, muy despacio, siempre abrazando Adam a Beverly por los hombros. A su izquierda se oyó un rumor. Una larga franja de luz se extendió desde la casa hacia la oscuridad. Llegó una voz amenazadora:

—¿Quién anda por ahí? ¡Volved a vuestra choza, o los perros os atacarán! ¡Vamos, estúpidos, volved a vuestra choza!

En el recuadro de luz ambos vieron la silueta de un hombre, y el rifle que sostenía su mano izquierda. No apresuraron el paso, pero caminaron decididamente de regreso a la choza que acababan de abandonar.

Adam sólo volvió la cabeza cuando estuvieron a dos pasos de la puerta. Los perros les seguían, siempre en silencio. En un silencio espantoso... Cuando cerró la puerta, se apresuró a colocar el tronco que la cerraba, y lanzó una maldición ahogada.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Beverly.

—No podemos hacer otra cosa que esperar —gruñó Adam—. Sí sólo hubiese un perro, me atrevería con él, creo que podría romperle el cuello... ¡Pero son cinco malditos perros que parecen elefantes! Y el hombre del *bungalow* tiene un rifle. ¡Maldita sea! Bueno, lo más sensato es que nos preparemos para pasar la noche del modo más comfortable posible.

—Yo no podré dormir. ¡No soporto el frío!

—Sin embargo, no estamos en un lugar frío, sino más bien cálido. Aunque por la noche refresca, claro... Bueno, no quiero que piense que pretendo sacar partido de la situación, doctora, pero todo el calor que puedo ofrecerle es el de mi propio cuerpo... lo que quiero decir...

—Le he entendido —susurró ella.

Adam notó los brazos de Beverly Warden en su cintura. La abrazó a su vez, y se tendieron en el suelo. Ella se acurrucó contra él... pero de pronto todo su cuerpo se tensó, y efectuó un vivo movimiento de separación.

—No va a pasar nada —masculló Adam.

—Pero usted está... Bueno, su... su...

—Escuche, yo no soy de piedra, doctora. La reacción que está notando es lógica, ¿no? Soy un hombre normal con instintos normales, y usted es una chica preciosa. Supongo que, como doctora, puede entender bien esa manifestación de mi naturaleza.

—Sí... Desde luego.

—De todos modos, no debe preocuparse, No soy una bestia todo instinto, así que sabré contenerme.

—Quizá eso signifique que no le gusto demasiado, después de todo.

—No diga tonterías. Me gustó en cuanto la vi, y creo que me he enamorado de usted... pero eso no significa nada, en estas circunstancias. Francamente, si algo ha de pasar entre usted y yo no será en este maloliente lugar y tirados en el suelo como bestias. No es eso precisamente lo que me gustaría ofrecerle. De modo que tranquilícese, y aleje de su mente la idea de una violación, sea cual sea mi estado físico en este momento. ¿Me he explicado?

—Sí... Gracias Adam.

—Duerma, Beverly.

Sin embargo, el primero en dormirse fue Adam Morgan. La doctora Beverly Warden permaneció despierta mucho tiempo, aguzando el oído, percibiendo olores...

Cuando debía hacer muy poco que se había dormido comenzó a sonar el pito.

## CAPÍTULO IV

Los dos despertaron bruscamente.

Alrededor de ellos parecía que flotasen miles de agujas luminosas. Delgadísimas agujas doradas, resplandecientes, que esparcían una claridad por todo el interior de la circular choza. Se quedaron mirándose unos segundos, y luego, lentamente, se separaron, y se sentaron.

Seguía sonando el pito: ¡prrrittt, prrrittt, prrrittittt!

Volvieron a mirar hacia las paredes, por cuyas estrechas ranuras penetraban los rayos del sol. Parecía que estuviesen en un sorprendente mundo irreal.

—Oh. Dios mío —gimió Beverly—. ¡El sol! ¡Tenemos que salir al sol, estoy helada!

Adam puso una mano sobre un hombro de Beberly. Efectivamente, la piel estaba fría, fría, fría.

—No nos precipitemos —murmuró—. Déjeme echar un vistazo.

Se puso en pie, y la ayudó a ella tomándola por las manos cuando captó su gesto para imitarle. El sol destellaba en sus cuerpos desnudos. Adam Morgan se quedó sin aliento contemplando el de Beverly Warden. Parecía de oro y de seda negra. Era el cuerpo más bello y espléndido que había visto en su vida. O se lo parecía a él.

Afuera se oyó ahora una voz potente:

—¡Venga, negros, todos fuera! ¡Ha llegado la hora de la primera comida! ¿Acaso no queréis comer, negros?

Adam y Beverly se miraron. Alcanzaron la puerta, y Adam alzó el cierre. Cuando abrió la puerta tuvieron que cerrar los ojos unos instantes, deslumbrados por el sol, que no debía hacer mucho que había salido.

Lo primero que vieron fue los perros, distribuidos

ordenadamente cerca de las demás chozas. Luego, vieron a tres hombres blancos cada uno de ellos con un látigo en la mano derecha y un rifle en la izquierda. El color de su indumentaria era verde; de un verde brillante, bonito, sugestivo incluso el salacot era verde. Llevaban camisa con muchos bolsillos, pantalón corto, calcetines, botas... Parecían cazadores en un safari africano, sólo que de color verde.

—Debemos estar soñando. —Masculló Adam—, ¡o nos hemos vuelto locos!

Los negros iban saliendo de las chozas. Hombres y mujeres, todos desnudos completamente. Y no caminaban erguidos, sino sobre las manos o los codos y las rodillas. Como perros.

¡Prirrittt, prirrittt, prirrittttt!, seguía tocando el pito uno de los hombres, sosteniéndolo entre los dientes. Los dos lo identificaron como uno de los que habían disparado dardos narcóticos contra ellos en la cocina de la casa de Jebediah Morgan. También identificaron a otro, al tercero no le conocían.

—¡Venga! —gritaba el desconocido—. ¡A comer, negros!

En el centro de la explanada a cuyo alrededor estaban las chozas vieron dos abrevaderos de baja altura. Los negros se desplazaron hacia ellos, siempre a cuatro patas, como animales. El tipo del pito hizo chascar su látigo.

—Por el amor de Dios —jadeó Beverly—. ¿Qué es *esto*?

Adam Morgan miraba alrededor. Todo eran palmeras y cielo azul, Un día magnífico de sol, de cielo nítido. Pero cuando se bajaba la mirada todo parecía una pesadilla. Beverly miraba hacia el *bungalow*, en cuyo amplio porche había dos perros más, negros, enormes, sentados majestuosamente, como dotados de real indiferencia... Miró a Adam cuando éste le dio con un codo en el costado.

—Allá está Jeb —dijo Adam con voz crispada.

Beverly miró al negro que señalaba Adam. Un negro más en el grupo, sólo que su tamaño y complexión atlética permitían señalarlo fácilmente. Como los demás, Jebediah Morgan caminaba a cuatro patas hacia el abrevadero donde, evidentemente, estaba la comida. Algunos ya habían llegado a ésta, y metían la cabeza en el gran recipiente de sucia madera...

—¡Vosotros! —Oyeron de pronto—, ¡a comer con los demás! ¡Y

ya sabéis todos que los diez últimos irán con los cerdos!

Hubo un gemido colectivo entre el numeroso grupo de hombres y mujeres que iban hacia los abrevaderos, pareció que todos acelerasen su marcha. Algunas mujeres y varios hombres que parecían de edad más avanzada se fueron quedando rezagados...

—¿No habéis oído? —Se acercó unos pasos el del pito— ¡a comer con los demás!

Los señalaba con el látigo. Adam y Beverly se quedaron mirándole fijamente, sin moverse. De pronto, el hombre se echó a reír, y los otros dos le imitaron.

—¡Bueno allá vosotros si no queréis comer! ¡Iréis con los cerdos!

Adam desvió lentamente la mirada hacia su hermano, que comía ya como un auténtico cerdo, metida la cabeza en el recipiente. Había sido de los primeros en llegar.

Uno de los vigilantes iba señalando con el látigo a los últimos en llegar a los comederos.

—Tú, tú, tú, tú... ¡luego con los cerdos! Y tú también. Y tú, y tú, y tú...

Beverly Warden estaba contando rápidamente y por encima el número de negros. Había en total unos sesenta, aproximadamente mitad hombres y la otra mitad mujeres. Los que habían sido señalados por el vigilante se habían quedado quietos, ya no intentaban llegar a los comederos. Sus ojos, muy abiertos, expresaban un claro espanto, ora mirando hacia los vigilantes, ora hacia los perras. De una de las chozas, cuya puerta permanecía cerrada, llegaba ahora un furioso gruñir de los cerdos.

Adam y Beverly permanecían inmóviles, como estatuas. En el centro de la explanada, los que habían llegado a los abrevaderos iban comiendo cada vez más despacio. ¿Qué debían estar comiendo? Desde luego, nada exquisito. Por todas partes había un intenso, penetrante hedor.

—¡Venga, ya está bien! —ordenó el del pito—. ¡Los que no han llegado a tiempo, que lleven la comida a los cerdos! Los demás, colocarlos en posición.

Las que habían comido comenzaron a formar en filas de a tres. Los que se habían quedado sin comer, comenzaron a arrastrar los abrevaderos hacia la choza de la cual llegaban los cada vez más impacientes y furiosos gruñidos de los cerdos.

Los dos vigilantes compañeros del pito se acercaron a Adam y Beverly, y les apuntaron con los rifles.

—Venga, moveros. Ayudad a los demás a llevar la comida a los cerdos... ¡Vamos, deprisa!

Adam tomó de un brazo a Beverly, y tiró de ella. Llegaron a uno de los abrevaderos, y ayudaron a los demás a levantarlo y a llevarlo hacia la choza-pocilga. Los prisioneros apenas conseguían la posición vertical, y era evidente que les resultaba dolorosa. Adam miró de reojo a su hermano, demudado. Comprendía ahora por qué Jeb había llegado en aquel estado, por qué había estado tres días para llegar a su casa, por qué no quería que le viese nadie... Debía haber estado huyendo como una auténtica bestia, escondiéndose de día...

Cuando entraron con el comedero en la choza de los cerdos éstos se abalanzaron sobre ellos furiosamente. La puerta de la choza fue cerrada desde afuera, y se oyó la voz:

—¡Si queréis comer, ahí tenéis comida!

A Adam casi le derribó un cerdo enorme. Otro cerdo estaba olisqueando una pierna de Beverly, pero ésta retrocedió por entre los excrementos, y con un pie golpeó fuertemente al cerdo en el morro. El animal se lanzó contra ella, gruñendo enloquecido, pero otro puntapié casi lo derribó de costado... Un poco más allá, un negro golpeaba con furia inaudita a un cerdo que no le permitía ocupar un lugar en el abrevadero. La pestilencia era insoportable.

El cerdo enorme golpeó de nuevo a Adam. Éste se revolvió como una fiera, alzó el puño derecho, y lo dejó caer sobre el cráneo del animal, que rodó fulminado sobre la capa de excrementos y orines. Había una verdadera lucha entre los cerdos y los seres humanos para conseguir la comida, que también olía mal.

—¡Pero qué hacéis...! —gritó Adam—. ¡No comáis eso, tiene mierda! ¡Tiene mierda de cerdo!

Algunos ojos se desviaron hacia él. Adam se dispuso a emprenderla a golpes con los prisioneros para apartarlos de aquel «alimento», pero Beverly le agarró de un brazo.

—No, Adam —le retuvo la doctora—. No están normales.

—¿Qué quiere decir?

—¿No se ha fijado en sus brazos? Todos ellos muestran las señales de varios pinchazos... Están drogados. ¿Comprende ahora

las señales de que me habló en el brazo de su hermano?

Adam Morgan parpadeó. Luego, fue mirando los brazos de los seres humanos que comían con los cerdos, peleándose con éstos. Uno de los cerdos derribó a una muchacha de costado, y se abalanzó sobre ella gruñendo espantosamente. Adam saltó hacia allí, agarró al cerdo por las orejas, alzó sus casi cien kilos de peso, y, girando, lo lanzó contra la pared de la choza, que se estremeció de arriba abajo. El cerdo rebotó, cayó revuelto en excrementos... y se abalanzó contra Adam, que lo esquivó y disparó su puño derecho contra la oreja del animal, que emitió un chillido espeluznante y rodó sobre los excrementos. Cuando se puso en pie, desistió de toda lucha. Otro cerdo, que se había acercado a Beverly, había recibido un talonazo en un ojo, y el animal corría como enloquecido, salpicando porquería a todos lados...

La puerta de la choza se abrió.

—¿Qué demonios pasa aquí? ¿Queréis derribar la pocilga, negros malditos? ¡Venga, ya basta de comer, todos afuera! ¡Hay que trabajar, negros! ¡Todos afuera!

Algunos de los prisioneros salieron como de mala gana, y otros se llevaron puñados de comida, Adam y Beverly los miraban en silencio, uno junto a otro. Salieron en último lugar. Frente a ellos, los tres vigilantes los contemplaban irónicamente.

—Vaya, de modo que vosotros no habéis querido comer, ¿eh? ¡Bueno, ya comeréis! ¡Ya lo creo que comeréis! ¡Y ahora, a trabajar!

Adam miró hacia el centro de la explanada. Lo que vio era por demás sorprendente: todos los negros y negras estaban ahora pasándose sacos y enormes piedras, que describían un círculo sin fin, volviendo sacos y piedras, una y otra vez al principio del trayecto y empezándolo de nuevo. Era el trabajo por el trabajo, la forma más absurda de agotarse para nada. Un poco más allá, algunos hombres y mujeres se dedicaban a otro menester, igualmente inútil: unos cavaban agujeros con pequeños picos, y los oíros llegaban detrás y los tapaban. Y así, al parecer, interminablemente.

—Ustedes están locos —jadeó Adam—. ¿Qué demonios están haciendo, qué significa esto?

—Ah, eres un valiente, ¿eh? —dijo el del pito—. Bueno, hemos conocido a otros como tú... y míralos ahora ¡a trabajar!

—Claro que no —rechazó furiosamente Adam—. ¡Esto ni siquiera es trabajar, es hacer el idiota!

—Amiguito negro, te estás buscando una buena lección —dijo otro de los vigilantes—. Y la primera de ellas es que aprendas a dirigirte a nosotros. Somos *Bwana* Lowell, *Bwana* Forester, y *Bwana* Ramsey Ahora di: sí, *bwana*, negro va a trabajar... ¡Dilo!

Adam Morgan se quedó mirando a *Bwana* Lowell, y sonrió secamente. Eso fue todo. Lowell sonrió también, de un modo siniestro, y extendió su largo látigo por el suelo. Forester y Ramsey hicieron lo mismo, sonriendo a su vez.

—Bueno, bueno, bueno —dijo como cantando Ramsey—. ¡El negro no quiere trabajar! ¡Vamos a ver si es cierto!

—Sí —rió Forester—. ¡Vamos a verlo!

El látigo de Lowell silbó en el aire, y cayó sobre un hombro de Adam, que apretó los dientes, movió el brazo como describiendo un molinete, y su mano asió la larga tira de piel. En el mismo momento en que daba un tirón casi derribando a Lowell, otro látigo se enroscó como una serpiente furiosa en su cintura, y el tercero llegó a sus piernas. Lowell sólo se tambaleó debido al tirón que dio a su látigo Adam, pero éste rodó por el suelo cuando Forester y Ramsey tiraron de los suyos.

Adam tuvo que soltar el látigo de Lowell, que recuperó la mordiente tira de piel lanzando un rugido de furia.

—¡Ahora vas a ver, negro apestoso...!

De nuevo silbó el látigo buscando ahora la cara de Adam, pero éste giró en el suelo, alejándose. El látigo marcó una profunda estría en la tierra, alzando polvo pulverizado. Adam se colocó de rodillas, y, desde atrás, otro látigo llegó, hundiéndose en su espalda. El tercero llegó de frente, mordiendo su pecho... Ni un solo grito había brotado de labios de Adam Morgan, cuyo rostro parecía desteñido.

—¡Ya basta! —gritó Beverly—. ¡Ya basta, vamos a trabajar!

Adam, momentáneamente libre de los látigos, la miró furiosamente, pero ella se acercó a él, y se abrazó a su cintura. Los tres hombres blancos, que se disponían a golpear de nuevo a Adam, titubearon.

Ramsey sonrió.

—Apártate de ahí, negrita. Me gustas demasiado para marcar tu hermosa piel... ¡Tengo otros planes para ti!

—Sí —dijo Forester—, tenemos otros planes para ti. Ramsey te metió mano en Tampa, y dijo que tu carne es una delicia. Anda, ven que te muerda los pechos, negrita... ¡Lo haré con cuidado!

—Todo te lo haremos con cuidado —aseguró Lowell—. Ya verás qué bien lo vamos a...

En alguna parte sonó un timbre. Lowell enmudeció. Junto a él, Ramsey señaló por encima de su hombro hacia el *bungalow*.

—Parece que Marvelous Man quiere algo. Ve tú mismo a ver. Aquí te estás poniendo demasiado nervioso con la negrita.

—De acuerdo. Sí, tienes razón.

Lowell comenzó a alejarse hacia el *bungalow*. Beverly, que miraba hacia allá, murmuró:

—¿Marvelous Man? ¿Quién es ese Hombre Maravilloso?

No recibió respuesta. No verbal, al menos. Forester se limitó a señalar hacia el centro de la explanada. Beverly miró las sangrientas marcas en el cuerpo de Adam, le tomó de una mano, y tiró de él.

—No seas loco —susurró—. Vamos a trabajar.

Adam Morgan la siguió, sombrío. Decidió obtener partido de la nueva situación y fue a arrodillarse junto a su hermano, que manejaba pesados sacos.

—Jeb —susurró—. ¿Estás bien, Jeb?

Jebediah Morgan le pasó el saco, y Adam lo pasó a su vez a Beverly. Se quedó mirándola pasmado cuando la doctora se las arregló para manejar el saco y pasarlo al siguiente negro de aquel círculo absurdo. Volvió a mirar a su hermano.

—¿Me has oído? ¿Cómo estás, qué está pasando aquí?

—Somos negros —dijo con voz aguda Jebediah.

—¡Maldita sea, eso ya lo sé! ¿Qué estás tratando de decirme? ¿Dónde estamos? ¿Está por aquí Marian Parker?

Jebediah señaló con la barbilla hacia el otro lado del círculo, donde una muchacha de inflamadas articulaciones estaba haciendo lo posible por manejar otro pesado saco. Había varios, que iban pasando de mano en mano una y otra vez... Adam y Beverly miraron hacia la muchacha señalada por Jebediah, que ofrecía un aspecto lastimoso, tan repugnante como los demás componentes del círculo.

—¿De modo que os cazaron a los dos? —susurró Adam—. ¿Tiene esto algo que ver con la misión que te encargaron en Miami?

—No... No sabemos nada más de aquello. Marian y yo nos enamoramos de verdad, salíamos a pasear... La amo, Adam... ¡La amo!

—Está bien, Jeb. —Adam pasó otro saco a la silenciosa Beverly —. De acuerdo, muchacho, la amas. Pero...

—Ella también a mí, Adam.

—Me alegra oír eso, Jeb. ¿Ella tampoco sabía nada de esto?

—No. Jeb, nos amamos... Salíamos a pasear... Yo quería decírselo todo, toda la verdad, que soy de la

C. I. A.

pero no podía hacerlo, habría sido una traición... ¡Nos van a pegar, nos van a pegar si seguimos hablando!

—No pueden oírnos —susurró Adam—. Tendrán que acercarse más. ¿Qué pasó, Jeb?

—Marian y yo salimos a pasear una noche. Fuimos a la playa. Allí, en la arena, la hice mía de nuevo... Ella se había enamorado de mí... Nos amamos...

—Estupendo, Jeb. ¿Qué más?

—Estábamos haciendo el amor en la playa. Ella estaba muy feliz, y me amaba, se entregaba. Yo pensaba que tendría que traicionar su amor o traicionar a la

C. I. A.

y no podía... hacer ni una cosa ni otra. Tendría... que encontrar alguna solución... ¡Adam, no quiero seguir en la

C. I. A.

no quiero, quiero quedarme con Marian...!

—Lo arreglaremos, muchacho —murmuró Adam, sintiendo el escozor de las lágrimas en sus ojos—. Pero dime qué pasó.

—No sé... Estábamos haciendo el amor. Yo en aquel momento no pensaba en nada más que en el amor que ella me estaba dando... Y ya no sé nada más. Bueno, sentí un golpe en la cabeza... Nada más. ¡Ella me ama, Adam!

—Estupendo, Jeb. ¿Te golpearon en la cabeza mientras hacías el amor con Marian?

—Sí... Si, eso fue. Sentí el dolor, y vi muchas luces... Y luego desperté en una choza de esas. Pero me escapé... Me persiguieron con los perros... pero escapé. Quería volver a Marian, volver aquí a por ella, pero tenía hambre y sueño... Adam: ¿verdad que te vi?

—Sí, Jeb. Estuviste en casa.

—Sí... Estuve en casa, ¿verdad? Pero cuando desperté, estaba de nuevo en la choza, como si no hubiera estado tres días huyendo, como si no hubiera estado en casa...

—Estabas durmiendo en casa, llegaron ellos, te narcotizaron, y te trajeron de nuevo aquí.

—Aaaah... Mira, Marian nos está mirando. Le diré luego que eres mi hermano... Es muy bonita... ¿Verdad que es bonita, Adam?

—Sí, lo es. Mucho, Jeb.

—Tu negra también es bonita —rió estúpidamente Jeb Morgan, mirando a Beverly—. ¡Está muy buena!

—Jeb: ¿sabes dónde estamos exactamente?

—Oh, si... ¡Muy cerca de casa! Pero estuve tres días.

—Entonces, ¿no estamos en Los Everglades?

—No, no... ¡Claro que no! Sólo hay unos pocos pantanos por aquí... Adam, yo tampoco quiero seguir en la

C. I. A.

¿comprendes? No me gusta ahora que quiero a Marian... Pero a ella la he estado engañando... ¡Y ella me quiere! Esto es muy cruel... No quiero ser cruel con Marian... ¿Te gusta, Adam? ¿Te parece bonita?

—Ya lo creo que sí.

—Estamos en la misma choza, ¿sabes? Y por las noches... ¡ji, ji, ji! ¡Por las noches hacemos el amor! Todos lo hacen. Uno quiso penetrar a Marian, pero le golpeé... ¡Les hice comprender a todos que ella es sólo para mí! Tengo los puños muy duros, ¿eh? Adam, todas las noches hacemos el amor... Gozamos mucho. Pero queremos marcharnos, no queremos estar aquí...

—¡Eh, vosotros! —Llegó la voz de Lowell—. ¡Venid aquí! ¡Los dos nuevos! ¡Vamos, venid inmediatamente! ¡Marvelous Man quiere conoceros!

## CAPÍTULO V

Adam Morgan y Beverly Warden se pusieron en pie. Adam la miró, crispando el rostro, dirigió una veloz mirada a su hermano, y volvió a mirar a la doctora.

—¿Qué les ocurre? —susurró—. ¿Qué les han hecho, qué les están *haciendo*?

—No lo sé, Adam —susurró Beverly.

—Están... como bestias atontadas... Comen porquerías, hacen el acto sexual por las noches sobre montones de excrementos, comen con los cerdos, trabajan en nada y para nada... ¡Los están convirtiendo en... en seres infrahumanos!

—Si... Eso parece.

Parecía que a Adam le costaba alejarse de allí. Beverly le tomó de la mano una vez más, y tiró de él. Se dirigieron hacia el *bungalow*, ante el cual estaba esperando Lowell, que emitió un silbido. En el acto, tres de los perros se acercaron rápidamente, escoltando a Beverly y Adam hasta el *bungalow*, siempre en silencio.

—Están entrenados para perseguir y matar en silencio —dijo en voz muy baja Beverly—. No podemos olvidar eso, Adam.

Éste asintió. Llegaron al porche. Lowell señaló la puerta abierta, y entraron en el *bungalow*. Lowell y los perros entraron detrás. Lowell señaló una puerta abierta, a la izquierda del vestíbulo, decorado a estilo africano; había máscaras, escudos, lanzas, pieles de leopardo... Adam y Beverly se miraron, pero no hicieron comentario alguno.

Entraron en una sala en cuyo techo había un ventilador de enormes aspas, inmóviles en aquel momento. La decoración era parecida, todo sugería cualquier *bungalow* del más puro estilo africano. Había un gran ventanal por el cual se veía una porción de

cielo y las copas de algunas palmeras.

En una pared había más lanzas, más escudos, una cabeza de león, unos colmillos de elefante... Todo era tan sorprendente que cuando finalmente se fijaron en el hombre apenas mostraron sorpresa alguna.

Y, sin embargo, si algo había allí realmente sorprendente y extravagante era el hombre llamado Marvelous Man. Era altísimo, no menos de dos metros, y delgado como un *spaghetti*. Calzaba sandalias de color rojo, vestía una bata blanca larguísima, y cubría su cabeza con un salacot igualmente blanco. Su rostro parecía de pájaro, de facciones afiladas, nariz ganchuda, boca grande. Llevaba lentes de miope. Sus cabellos, abundantísimos, parecían un revoltillo de estopa roja. Todo su rostro, sus manos, estaban salpicadas de pecas.

Era todo un esperpento.

—Os dije —habló con voz chillona, mirando a Lowell— que no quería que les pegarais tan fuerte con los látigos. Si se les hace sangre, luego pueden coger cualquier infección.

—Se nos fue la mano con este negro —se disculpó Lowell—. Se puso bravucón y ofensivo, Marvelous.

—¿Ah, sí? —La miope mirada cayó como un frío impacto sobre Adam Morgan—. ¿Qué hacéis de pie ante mí? ¡De rodillas los dos, negros!

Beverly se apresuró a arrodillarse, tirando de una mano de Adam, obligándole a hacer lo mismo, si bien Adam pensó que de no haber estado allí Beverly las cosas habrían sido muy diferentes... Por su parte, Beverly miraba detenidamente a Marvelous Man, fija su oscura mirada. ¿Qué tenía de maravilloso aquel ser esperpéntico? Pero sobre todo, ¿qué había en su cabeza, qué ideas bullían en su mente...?

—Así me gusta —sonrió Marvelous Man—. ¿Ves, Lowell? ¡Hay que saber tratar a los negritos!

—Sí, Marvelous.

—Bien... ¿y qué tenemos aquí? Una negra y un negro. El negro no es nada, pero la negra, según algunos documentos encontrados en su maletín, es doctora. ¿Eso es cierto, doctora?

—Sí, Marvelous.

—De modo que doctora... ¿Eso quiere decir que se supone que

eres *inteligente*?

—Pero muy poco, Marvelous. Poquísimo. Creo que soy bonita en mi condición de negra, pero no soy inteligente, no. Muy poco.

Los claros ojos de Marvelous Man parpadeaban tras los cristales de sus gafas.

—Sí, es cierto, por ser negra eres muy bonita... Pero no eres inteligente.

—No, Marvelous. Apenas nada.

—¡Pues yo creo que sí eres inteligente! —Se echó a reír el esperpento—. ¡Eres lo bastante inteligente para querer apaciguarme diciendo que una negra no puede ser inteligente! ¿Pretendes burlarte de mí?

—No, Marvelous. Lo que quiero es no molestarte.

—Eso me gusta más. ¿Pero eres inteligente?

—Sí.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—¡Mentira! ¡Ningún negro es inteligente! ¡Ninguno!

—Oiga, ¿en qué quedamos? —Gruñó Adam—. ¿Tenemos que decir que somos inteligentes o que no lo somos? ¡Maldita sea, usted es un chiflado...! ¿De dónde demonios ha salido, qué significa todo esto? ¿Y dónde demonios estamos?

—¡Ah...! ¡Pregunta que dónde estamos! —exclamó Marvelous Man—. ¿Dónde crees tú que podemos estar, negro?

—En África —deslizó Beverly.

—¡Exactamente! ¡En África! ¿Dónde, si no han de estar unos malditos negros?

—No estamos en América por nuestro gusto, Marvelous —dijo apaciblemente Beverly—. ¡No estáis en América, sino en África! —Elevó el tono de voz Marvelous Man—. ¿Te enteras bien? ¡En África!

—Lo que yo quería decir es que no vinimos a América por nuestro gusto. En lo que a mí respecta, creo que los negros estaríamos mucho mejor en África que en ningún otro sitio. De modo que me alegro mucho de haber vuelto a la tierra de mis ancestros.

Lowell miraba estupefacto a Beverly Adam tenía el ceño fruncido hoscamente. Marvelous Man, por su parte, se echó a reír

con gran algazara.

—¡Eres verdaderamente lista, doctora...! —exclamó entre carcajadas—. ¡Sabes datar a la gente! ¡Incluso a los blancos, lo que no es poco en una negra!

—Escuche usted... —empezó Adam.

—¡Silencio, negro! —Le miró súbitamente furioso Marvelous Man—. Hablarás sólo cuando se te permita. Tú y tu hermano sois sólo carne de cañón... Ah, tu hermano... Sí, sabemos que eres hermano de ese maldito que se escapó, pero que ha vuelto a la pocilga. Irás a reunirse pronto con él. Y ya te buscaremos una compañera. ¡Porque ciertamente, tú no vas a quedarte con esta negra! Y te advierto una cosa: si intentas la fuga, como hizo tu hermano, serás tan severamente castigado como pronto lo será él.

—¿Qué castigo, Marvelous? —preguntó Beverly.

—Lo vamos a castrar —rió Lowell.

Adam palideció. Beverly se quedó mirando a Lowell, y luego miró lentamente a Marvelous Man.

—¿Van a hacer eso?

—¿Por qué no? —sonrió Marvelous—. ¡Hay demasiados negros!

—¿Y se propone usted exterminarlos a todos?

—¡Claro que no! Sólo a los díscolos, a los que ocasionen problemas. Los negros no han nacido para crear problemas... ¿Para qué dirías tú que han nacido?

—Obviamente, para trabajar.

—¡Exacto! Sí, eres muy lista, negra... Muy lista... ¿Qué te ocurre?

Beverly se había llevado una mano a la frente, con débil gesto, y se había tambaleado un poco.

—Nada importante —murmuró—. He estado un poco enferma estos días últimos. Demasiado trabajo. Un colega mío me recetó en Chicago unos inyectables... ¿No podrían devolverme mi maletín? Creo que me encontraré mucho mejor si me pongo una inyección antigripal. Siento causarle estas molestias, Marvelous.

Éste, que la miraba atentamente, asintió con un gesto, y miró a Lowell.

—Ve a traerle su maletín a la negra.

Lowell salió de la sala, y regresó a los pocos segundos. Le tendió el maletín a Beverly, y ésta lo colocó sobre una mesita y lo abrió.

Marvelous se acercó, y cuando ella sacó un frasquito lo tomó y miró la etiqueta. Se lo devolvió en silencio. Mientras Beverly Warden se inyectaba, Adam Morgan la miraba fijamente. Ahora comprendía por qué ella había tenido tanto frío...

—Me sentiré mejor dentro de un par de horas —musitó Beverly, cerrando el maletín—. ¿Puedo quedármelo?

—No —negó Marvelous—. Pero puedes venir a inyectarte siempre que lo necesites. —Gracias. Muchas gracias, Marvelous.

—Bien... Dadas las circunstancias, no me parece oportuno someterte a ti a tratamiento especial, puesto que se trata también de una droga... Una droga de imprevisibles consecuencias, dado tu estado, así que pospondremos tu tratamiento. Pero no el del negro. Lowell, llévalo al laboratorio.

—¿Qué se propone usted? —Frunció el ceño Adam.

—Cierra la boca, negro —dijo Lowell—. Y ven conmigo.

Adam apretó los labios, su gesto no pudo ser más evidentemente agresivo; pero Beverly, que le miraba fijamente, desvió significativamente la mirada hacia detrás de Adam. Éste volvió la cabeza, y vio a dos de los silenciosos perros sentados sobre sus cuartos traseros, inmóviles, mirándole. Sintió que toda su piel se erizaba. Lowell estaba señalando la dirección a seguir, y, en silencio, Adam caminó hacia allí. Siempre silenciosos, los dos perros se fueron tras él y Lowell.

—Me estás proporcionando una idea —dijo de pronto Marvelous Man—. Está claro que alguien tendrá que atender sanitariamente a los negros, y se me acaba de ocurrir que puedo aliviar de esa molestia a los doctores blancos. Sí, supongo que debe haber algunos médicos de raza negra.

—Desde luego —asintió Beverly.

—Estudiaré el asunto. Pero la idea me va gustando más a cada instante: sucios negros cuidando a asquerosos negros. Claro que eso significará tener que conservar mentalmente intactos a algunos, pero valdrá la pena.

—¿Mentalmente intactos?

—¿Qué crees que estamos haciendo aquí?

—No tengo ni idea.

—Te voy a nombrar primera doctora de este poblado africano. A partir de ahora, cuidarás a los demás negros. ¿Estás contenta?

—Muchísimo. ¿Qué ha querido decir con eso de mentalmente intactos? ¿Acaso los demás no lo están?

—Claro que no. Aunque todavía no he conseguido la droga perfecta. Digamos que estamos en una... granja experimental. Yo soy el científico, y los negros los animales para pruebas. Comprenderás que no iba a hacer pruebas con mi droga utilizando personas de raza blanca.

—¿Por qué no cobayas? —sugirió Beverly.

—No, no... ¡Las pruebas tienen que hacerse con seres humanos! Y los negros son un buen material. Aunque lo mismo daría chinos, o malayos, o indios, gente así... Pero los negros los tengo más a mano. Y al fin y al cabo, no valen nada.

—Excepto para trabajar.

—Sí... Y para obedecer en todo momento. Pero son bastante tercos, así que estoy probando con ellos mi tratamiento de anulación de su voluntad.

—¿Esa droga de usted anula la voluntad de las personas?

—Estoy a punto de conseguirla. Cuando la haya perfeccionado será maravilloso. No les quedará el menor resto de voluntad, serán obedientes como perros bien entrenados.

—¿Y qué ganará usted con eso?

—¿Yo? Oh, todos los hombres del mundo... Habré conseguido finalmente la supremacía definitiva de la raza blanca sobre las demás razas de la Tierra. La supremacía en todos los aspectos. No sé si eres capaz de imaginar las ventajas que tendremos los blancos sobre las demás razas cuando mi fórmula está terminada satisfactoriamente.

—Me parece que no soy capaz de imaginármelo. ¿Cómo se llama su fórmula?

—Pues no sé... Todavía no le he puesto nombre,...

—Podría llamarla «Slave». Parece muy apropiada, ¿no?

—«Slave»... Esclavo. ¡Sí, me gusta! ¡Me gusta mucho, la voy a llamar así! Bien, vamos a inyectarle a ese negro la primera dosis de mi prueba número 141... ¿Sabes que cada negro está numerado y que cada uno ha sido inyectado con fórmula diferente salvo el contenido de pentotal sódico? Así, voy estudiando las reacciones y comportamiento de muchos sujetos a la vez. ¡No puedo perder tiempo, porque La Comisión se está impacientando, quieren ver

pronto al primer sujeto totalmente controlado!

—¿A qué comisión se refiere?

—Bueno, bueno, estoy teniendo demasiada paciencia contigo, negra. Vamos al laboratorio... y como siempre que me es posible evito tocar a los negros, tú empezarás a ayudarme inyectando al sujeto número ciento cuarenta y dos.

—Me parece muy bien. ¿Podría usted proporcionarme una bata blanca, Marvelous?

—¡Algo encontraremos en el laboratorio! —rió Marvelous Man—. Sí, será mejor que te vistas, pues no quiero que tus pacientes te utilicen como a las demás negras. ¿Cuál es tu especialidad?

—Traumatología.

—Ah... ¡Ah, espléndido! —Un gesto perplejo apareció en el rostro de Marvelous Man—. Quizá puedas ayudarme a descubrir por qué a todos los sujetos de la granja se les hinchan las articulaciones poco después de iniciar su tratamiento.

—Estudiaré el caso con mucho gusto.

Marvelous Man se quedó mirándola todavía un tanto perplejo, pero acabó por sonreír.

—Sí —dijo—, he tenido una buena idea con eso de los médicos negros. ¡Y me parece que tú has sido una buena primera adquisición! Bien, vamos allá.

Cuando entraron en el laboratorio Adam Morgan estaba sentado en el borde de una camilla, y Lowell y los perros permanecían frente a él. Marvelous Man se acercó a una mesa en la que había instalado un enrejado metálico colocado horizontalmente. En cada pequeño departamento había un tubo de vidrio herméticamente cerrado y numerado, colocado en posición vertical. A simple vista se daba uno cuenta de que había bastantes más de cien... Beverly Warden miraba alrededor, inexpresivo el rostro. Un laboratorio, eso era todo. Cuando miró a Adam Morgan, éste la estaba mirando expectante. Ella se limitó a hacer un leve movimiento afirmativo con la cabeza, y miró luego a Marvelous Man, que estaba llenando una jeringuilla con el líquido contenido en uno de los tubos.

Hecho esto, se volvió, con expresión entre preocupada y anhelante.

—Bien, aquí tenemos la fórmula ciento cuarenta y dos. Procede, negra. Lowell, prepárale el brazo al negro.

Adam volvió a mirar a Beverly, que de nuevo asintió. Así que Lowell no encontró oposición ni reacción alguna en el agente de la C. I. A.

cuando procedió a limpiarle la zona donde iba a serle clavada la aguja. Beverly Warden procedió a ello, bajo la atenta mirada de Marvelous Man. Beverly limpió personalmente la zona del pinchazo, pidió a Lowell un apósito, y tapó el diminuto agujero, susurrando:

—Es pentotal. Desmáýate dentro de unos minutos.

—¿Qué estáis hablando? —Gruñó Lowell.

—Le decía que no se preocupase, que no le va a ocurrir nada malo... ¿Puedo disponer de una bata, Marvelous?

—Mira en aquel armario —señaló Marvelous Man, sin dejar de contemplar a Adam—. ¿Qué sientes, negro?

—Nada —murmuró Adam—. Bueno, un ligero mareo... Me parece que no me encuentro muy bien...

—¿Sientes dolores musculares, náuseas quizá, espasmos abdominales...?

—No... Nada. Solo... un poco de mareo...

—Si tienes deseos de vomitar, dilo, y te sacaremos de aquí —lo miró Beverly, poniéndose una larguísima bata que arrastraba por el suelo—. No se te ocurra hacerlo en el laboratorio.

—No... Estoy bien —siguió el juego Adam, entendiendo perfectamente a Beverly—. Estoy bien. Sólo el mareo...

—Será mejor que lo saque de aquí —dijo Beverly, mirando con cierta aprensión a Adam—. Estoy segura de que va a vomitar dentro de poco. Si le parece bien, Marvelous, lo llevaré a la choza... ¡Eh!

Adam Morgan había saltado de la camilla. Se llevó una mano a la cabeza, vaciló, y pareció que sus piernas perdieran toda la fuerza. Rodó por el suelo. Marvelous lanzó una exclamación de disgusto y lo señaló.

—¡Llevaos a ese maldito negro de aquí! —masculló.

## CAPÍTULO VI

Lowell descargó de su hombro a Adam, sin miramiento alguno, tirándolo al suelo, sobre el sucio barro.

—Ya has oído a Marvelous Man —dijo mirando a Beverly—: no dejes de estudiar sus reacciones desde el mismo momento en que despierte.

—Sí, muy bien.

En cuanto Lowell hubo salido Beverly se acercó a la puerta y miró por las rendijas. Vio a Lowell alejándose. En el centro de la explanada, los negros de la granja experimental seguían trabajando en nada y para nada. El sol estaba ya bastante alto.

—¿Puedo saber qué está ocurriendo? —Oyó la voz de Adam.

Se volvió. El hombre de la

C. I. A.

estaba ahora sentado, y miraba ceñudamente a la bella doctora, que sonrió.

—Te han inyectado una droga compuesta de pentotal y no sé cuántas cosas más. Déjate vencer por el sueño, y cuando estés en condiciones de escucharme atentamente te diré todo lo que sé.

—Me encuentro perfectamente. Dímelo ahora.

—Si hay pentotal, te dormirás pronto, a al menos quedarás demasiado relajado para que puedas atender bien mis explicaciones. Lo que sí puedo decirte ahora es que cuando despiertes serás el ser con menos voluntad propia del mundo...

\* \* \*

—¿Estás segura? —exclamó Marvelous Man.

—Bueno, yo no sé hasta qué punto su voluntad puede estar anulada, Marvelous, pero diría que nunca he visto a nadie tan temeroso de lo que pueda sucederle, y tan... dispuesto a obedecer lo que se le ordene.

Marvelous Man miró a Forester y Ramsey, que habían acompañado a Beverly hasta allí, a la sala del *bungalow*.

—Traed a ese negro, ¡pronto! ¡Vamos, vamos, traedlo!

Los dos guardianes de la granja salieron rápidamente, dejando solos con dos perros a Marvelous Man y Beverly Warden. Ésta dijo:

—Que conste que yo no he dicho que la «Slave» haya dado resultado por fin, Marvelous. Sólo he dicho que parece mucho más dócil y asustado de como yo le recuerdo.

—¿Ha tenido alguna clase de molestias?

—No, nada. Ni siquiera vomitó, como yo temía. Simplemente ha estado durmiendo estas dos horas, y al despertar se ha quedado mirándome asustado, como si no me conociera. Claro que nuestro conocimiento fue casual, hace apenas veinticuatro horas, pero no creo que eso sea suficiente para que se asuste de mí aunque piense que me haya puesto de parte de usted.

—Bien... ¡Bien! Maldita sea, ¿por qué no lo traen?

Beverly se acercó a una de las ventanas. Vio a los dos guardianes entrar en la choza, y salir enseguida empujando a Adam Morgan, que parecía muy asustado.

—Ahí llegan —susurró.

Marvelous Man se acercó, y se quedó mirando al hercúleo Adam, que caminaba como encogido. Detrás de él, riendo, Ramsey le propinó un puntapié en el trasero. Adam Morgan casi se echó a llorar, y todavía se encogió más. De reojo, Beverly observaba la reacción de Marvelous Man, que parecía ansioso y jubiloso... Pero de pronto miró a Beverly, que desvió rápidamente su mirada. Lo miró de nuevo cuando oyó la risita de Marvelous Man.

—¿Cree que lo ha conseguido por fin? —preguntó.

—Pronto lo sabremos... ¡Muy pronto! Y te diré una cosa, negra: puede que tú seas muy lista, pero yo lo soy mucho más que tú, ¿comprendes?

—No he dudado eso en ningún momento, Marvelous.

—Ni lo dudarás —rió de nuevo el esperpento—. ¡Ya están aquí!

Los tres hombres aparecieron en la sala. Adam Morgan tenía los

ojos muy abiertos, se encogía, miraba a todos lados aterrado. Marvelous se acercó a él.

—No te asustes —dijo amablemente—. Nada malo va a ocurrirte si haces todo lo que yo te diga. ¿Me entiendes?

—Sí... Sí, sí, sí...

—Muy bien. —Marvelous señaló sonriente a Beverly—. Quiero que estrangules a esa mujer.

—Sí, señor —asintió Adam—. Sí, sí señor, sí...

—¡No! —gritó Beverly—. ¡No, por favor, yo también le obedeceré, yo quiero ayudarle, haré...!

Adam Morgan saltó sobre ella, y sus grandes y fortísimas manos apresaron el esbelto cuello de Beverly, que lo miró con ojos desorbitados.

—¡Adam, soy yo, soy Beverly, la doctora Bev...!

Las manos de Adam Morgan apretaron con más fuerza. Beverly ya no pudo seguir hablando tras emitir un sonido que parecía un aullido. Sus esbeltas manos asieron las muñecas de Adam Morgan, intentando apartarlas de su garganta, y comenzó a debatirse, intentó golpear a Adam con las rodillas, y lo consiguió algunas veces en el bajo vientre, pero Adam Morgan seguía apretando, apretando, apretando...

De pronto, Beverly dejó de debatirse, de luchar. Quedó colgando de las manos del hombre de la

C. I. A.

cuyo rostro estaba crispado furiosamente.

—Suéltala —ordenó Marvelous Man—. ¡Suéltala, te digo!

Adam lo miró, como desconcertado, pero enseguida asintió, y soltó a Beverly, que rodó por el suelo como muerta. Ramsey se arrodilló junto a ella, y le tomó una muñeca. Miró a Marvelous.

—No está muerta... todavía.

—Dame tu encendedor —pidió Marvelous Man a Forester, que le obedeció rápidamente; se lo entregó a Adam Morgan—. Toma, enciende esto.

Adam tomó el encendedor, y lo accionó; apareció la pequeña llama.

—Extiende la mano izquierda con la palma hacia abajo —ordenó Marvelous—. Eso es... Así. Ahora, pon la llama de modo que toque la palma de tu mano.

Adam Morgan parpadeó. Acto seguido sacudió la cabeza. Estuvo luego unos segundos mirando atónito la llama del encendedor. Luego, simplemente, puso la llama bajo su mano izquierda. Enseguida lanzó un aullido.

—¡Me quemo! ¡Me quemo, me quemo...!

—¡Sigue así!

—¡Me estoy quemando, me duele...!

—¡Sigue así!

Adam Morgan comenzó a sollozar, pero la llama estuvo bajo su mano izquierda unos segundos, hasta que Marvelous ordenó:

—¡Ya basta!

Adam retiró la llama, y cayó de rodillas, sollozando. Ramsey y Forester le contemplaban fascinados. Hasta entonces habían estado convencidos de que Marvelous Man era un pobre chiflado... Pero un pobre chiflado al que resultaba muy divertido, y, sobre todo, muy rentable servir. Una buena paga, negras para divertirse, un chiflado... Pero ahora los dos estaban desconcertados. Forester, reaccionando, recogió su encendedor, y miró a Marvelous.

—Trae la ropa del negro —dijo Marvelous, que parecía enajenado por el júbilo—, quiero que se vista bien. Y la de ella también, la diversión ha terminado. ¡A partir de ahora será auténtico trabajo el que haremos aquí! ¡Y en todo el mundo! ¡Lo he conseguido! Ramsey, lleva a la negra al laboratorio, y prepárala: voy a inyectarle la misma droga que al negro... ¡Por fin van a dejar de presionarme los de La Comisión! ¡Ah...! ¡Ya verán cuando les haga mi demostración...! Tú, negro, deja de llorar y ayuda a Ramsey... Lleva tú a la negra, que para eso eres un esclavo negro muy fuerte. ¡Vamos!

Adam Morgan se apresuró a alzar en sus brazos a Beverly, que no reaccionaba, y partió en pos de Ramsey hacia el laboratorio. La negra mirada de Adam Morgan se clavó en la nuca de Ramsey, mientras una fría sonrisa aparecía en los labios del agente de la C. I. A..

Mientras tanto, Marvelous Man corría hacia su pequeño despacho, donde tenía la emisora con la que podía comunicarse con La Comisión. La emisora estaba, verdaderamente, en un lugar insólito: dentro de una caja fuerte de pie, colocada a un lado de la mesa. La parte baja de la mole de acero estaba hundida fuertemente

en el piso sobre una base de cemento. No sería fácil moverla.

Marvelous Man la abrió, se quedó mirando la emisora, y, de pronto, se irguió.

—La fórmula —susurró—. Lo primero es poner en lugar seguro la fórmula. Voy a buscarla al laboratorio, la guardaré aquí mismo, en esta caja fuerte, y entonces llamaré a La Comisión. ¡Pero ante todo, la fórmula, no roe fío de nadie...!

Dejando la caja fuerte abierta, salió del despacho y fue al laboratorio, donde Beverly Warden yacía en la camilla metálica, todavía inconsciente. Sí, ella y el negro le iban a servir para la gran demostración a La Comisión. Y luego... Marvelous Man contuvo una risita, y se dispuso a prepararlo todo para inyectar la droga a la doctora Beverly Warden.

Lo hizo sin contratiempo alguno, y acto seguido recogió los papeles en los que había estado anotando sus fórmulas, y el resto de la droga última. Ya a punto de salir, se volvió a mirar a Forester y Ramsey, que le contemplaban como absortos.

—Voy a llamar pidiendo un helicóptero para que vengan a buscarme los de La Comisión. Vosotros y Lowell vendréis conmigo, bien armados, pero sin ostentación. Avisad por medio de la señal convenida a los vigilantes de la periferia.

—¿Vamos a dejar solos a los negros con los perros? —inquirió Ramsey.

—Sí Tan sólo con los perros ninguno de los negros se atreverá a intentar escapar, después que les mostramos como quedó uno de los últimos que lo intentaron, el que iba con el hermano de éste —señaló a Adam—. De todos modos, si llegan a la periferia los matarán a balazos. ¡Nadie puede escapar de la granja!

—Le recuerdo a usted que uno escapó —dijo Forester.

—Sí, es cierto —parpadeó Marvelous Man—. Y todavía me pregunto cómo un hombre pudo escapar a los perros y a los hombres armados. Ese negro debe ser especial —miró de nuevo a Adam Morgan—, y éste también resulta poco corriente.

—Sabe plantar cara —asintió Forester—. O sabía. Y tanto él como su hermano iban armados cuando los cazamos la primera vez.

—Si... ¿Por qué ibais armados, negro?

Adam Morgan encogió los hombros.

—Hace tiempo que siempre vamos armados, para sentirnos más

seguros. Uno nunca sabe con quién puede tropezarse.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a la

C. I. A.

el

F. B. I..

la Policía... Gente así.

—¿Quieres decir que te has enfrentado alguna vez al F. B. I, o a la

C. I. A.?

—Algunas veces —sonrió ampliamente Adam—. Pero siempre me las he arreglado para escurrir el bulto.

—¿A qué os dedicáis tu hermano y tú?

—Hacemos cosas peligrosas para quien nos paga bien.

—¿Qué clase de cosas?

—Bueno... Terrorismo, y cosas así.

Ramsey lanzó una exclamación, mientras Forester mascullaba algo. Marvelous Man miraba ahora de modo diferente a Adam Morgan... Muy bien, de momento lo iba a utilizar, pues no le quedaba droga de la última ni siquiera para una dosis más.

Salíó del laboratorio sin decir una sola palabra más. Estaba pensando demasiado intensamente para poder atender una conversación que, por otra parte, no le interesaba. Es decir, le interesaba en un sentido, y era que no era ni mucho me nos conveniente conservar a un hombre como Adam Morgan. ¿Y si la C. I. A.

le seguía el rastro...? Lo mejor sería eliminar a Morgan, desde luego. Pero no ahora, no... Tiempo habría.

En cuanto a la droga, bien pensado, tenía que preparar más.

Cuando se sentó de nuevo delante de la caja fuerte abierta, Marvelous Man soltó una de sus risitas. ¡Claro que tenía que preparar más droga, naturalmente que sí!

Llamó por radio, por fin. Y pidió que el helicóptero pasase a recogerlo cuando ya hubiera oscurecido, lo cual le daba un margen de tiempo más que suficiente para que todos sus proyectos pudieran ser llevados felizmente a cabo.

Cuando la puerta de la choza se cerró tras ellos, Adam depositó a Beverly en el suelo cuidadosamente, en el sitio que le pareció menos sucio. Beverly había abierto los ojos, y le miraba, sonriendo débilmente.

—¿Cómo te sientes? —murmuró Adam.

—Como tú antes... Tengo sueño...

—Pues duerme. No te preocupes por nada, Beverly.

—Tengo miedo... de que me estrangules...

Adam Morgan sonrió ceñudamente.

—Eres una chica valiente, doctora. Y muy lista... Creo que los engañamos, desde luego, y están convencidos de que esa droga funciona, así que Marvelous está tomando decisiones. Está muy activo. Se ha encerrado en su laboratorio Yo... Bueno, ¿te hice daño?

—No seas ton... tonto... Tú sí que debiste pasarlo mal, quemándote... la mano...

Adam asintió, y se quedó mirando sombríamente la quemadura en la palma de su mano izquierda, que, en efecto, le dolía; tenía la sensación de que la mano se le hinchaba, y no podía mover muy bien los dedos.

—Ellos lo van a pasar peor que nosotros —dijo fríamente—. Espera a que yo vea claro su juego, y te aseguro que se van a acordar de Adam Morgan durante...

No dijo nada más. Beverly Warden se había dormido, así que no valía la pena seguir hablando. Se sentó junto a la bella negrita, dispuesto a esperar. Como él mismo, ella despenaría un par de horas más tarde, sin más molestia que pesadez de cabeza y de miembros. Pero era una pesadez que desaparecía poco después, sin más consecuencias finales que un extraño mal gusto de boca.

Adam Morgan se quedó mirando el rostro de Beverly, de líneas firmes y hermosas.

—Eres la negra más bonita que he visto en mi vida —se dijo sonriendo el agente de la

C. I. A.

—. Me pregunto si estarías dispuesta a aceptar un ayudante en tu trabajo, hasta que pudiéramos ser colaboradores. Esto estaría muy bien, muy bien: doctor y doctora Morgan... ¡Maldita sea mi estampa, vaya una situación adecuada para enamorarme!

Apenas empezó a oscurecer, llegó el helicóptero.

## CAPÍTULO VII

¡Venga, afuera! —Apareció Lowell en el hueco de la puerta—. ¡Nos vamos de viaje, negros!

Adam y Beverly salieron de la choza. En la explanada no quedaba nadie, salvo los perros. El helicóptero se había posado en el centro, y esperaba, sin parar las aspas, de modo que su rumor ahogaba cualquier otro que pudiera haber en el «poblado africano». Beverly y Adam todavía vieron a Forester y Ramsey ayudando a Marvelous Man a subir al helicóptero. Luego, subieron ellos.

—Mi maletín —dijo Beverly, volviéndose a mirar a Lowell—. Si me encuentro mal necesitaré...

—Cállate. Deja de preocuparte por eso ahora.

Llegaron junto al helicóptero. Adam ayudó a Beverly a subir, luego lo hizo él, y finalmente Lowell se encaramó ágilmente. El piloto tenía vuelta la cabeza para mirar a Beverly, cuya silueta se distinguía en la semipenumbra del interior del aparato.

—Vamos, vamos —se impacientó Marvelous—. Estoy impaciente por llegar allá.

—Sí, señor —asintió el piloto.

El helicóptero se elevó. No había luna, pero la noche era clara, y las estrellas proporcionaban una lívida iluminación en el interior del aparato. Lowell se había sentado junto al piloto. Los demás iban en la parte de atrás.

—Marvelous —rió de pronto Forester—: ¿por qué no le ordena al negro que salte, a ver si sigue tan obediente?

Marvelous Man emitió una risita, y eso fue todo. Llevaba un maletín cuadrado, que sujetaba con ambas manos como si fuese el mayor tesoro de su vida. Adam ni siquiera miró a Forester, aunque de buena gana le habría tirado al vacío con la cara partida de un

puñetazo. Bueno, sólo había que tener un poco más de paciencia... y sabría en qué consistía aquello de La Comisión. Por el momento, había comprendido perfectamente que, fuese lo que fuese La Comisión, Marvelous Man dependía de ella, de un modo u otro. Es decir que, lógicamente, había algo o alguien por encima de Marvelous. Y ahí quería llegar él, sólo por eso había valido la pena aguantar hasta entonces...

Abajo, el mar relucía como un arrugado cristal negro salpicado de luces. A la izquierda vieron una intensa iluminación, algo hacia el norte. Con toda seguridad, Tampa y Saint Petersburg, cada uno a un lado de Old Tampa Bay y Tampa Bay. Muy bien, estaba claro que iban hacia el nordeste... Y seguramente, no muy lejos.

Adam Morgan se equivocó. El vuelo duró poco más de una hora, y la distancia recorrida, según sus cálculos, fue de unas cien millas, quizá algo más. Se veía de nuevo el mar, pero ahora a la derecha. El atlántico, por tanto. Las luces de pequeñas localidades delimitaban la costa, formando como un largo gusano de luz.

El helicóptero comenzó a descender, cerca del mar, a poca distancia de uno de los puntos de luz, Adam Morgan estaba seguro que se hallaban cerca relativamente de Daytona Beach, cuya mayor intensidad lumínica tenía que ser la que había quedado un poco atrás.

Vieron los árboles, la casa, los automóviles estacionados frente a ésta, la luz de las ventanas...

El helicóptero tomó tierra.

Marvelous fue el primero en saltar, y se dirigió hacia la casa desentendiéndose de los demás. La puerta de la casa se abrió, y dos hombres aparecieron bajo el dintel.

—Va a ser de lo más divertido —dijo Lowell.

—¿Si? —preguntó el piloto—. ¿A qué se refiere?

—Por el momento, a esto —mostró los dientes Lowell. Plop, se oyó el chasquido del disparo. El piloto emitió un fuerte ronquido, tensándose y cayendo hacia su izquierda. Lowell volvió a disparar. El piloto ya no se movió.

—Déjalo aquí mismo, de momento —dijo Forester—. Vosotros, ¡bajad!

Adam y Beverly descendieron en silencio del helicóptero, seguidos rápidamente por los tres secuaces de Marvelous Man, que

los empujaron hacia la casa, en el momento en que Marvelous Man y los dos hombres que lo habían recibido desaparecían en su interior. Pero los esperó otro hombre, que los dejó pasar y se quedó mirando hacia el helicóptero.

—¿Y Barney? —preguntó.

—No se encuentra muy bien —dijo Forester—. Es un milagro que haya podido acabar el viaje. Si me ayuda lo traeremos a la casa.

—Claro. Vamos allá.

Salieron el hombre y Forester. Lowell y Ramsey cambia ron una sonriente mirada. Beverly y Adam también se miraron, inexpresivamente.

—Negros, ¡al salón! —rió Lowell.

Los empujaron de nuevo, de un modo estúpido, innecesario, sólo como una muestra de su desprecio hacia ellos. Cuando los cuatro entraron en el salón, todas las miradas se volvieron hacia la puerta.

Había siete hombres desconocidos con Marvelous Man.

Siete sujetos de mediana edad, todos ellos bien vestidos, un par con ropas deportivas. Seguramente tenían un yate en cualquier punto cercano de la costa. Todos ellos daban una sensación de dura seguridad, tenían un cierto aspecto implacable de hombre presa.

—¿Son éstos los bichos de su granja con los que ha obtenido éxito. Marvelous? —preguntó uno de ellos.

Por supuesto, todos eran de raza blanca. Adam y Beverly miraron siempre inexpresivamente al que había hablado. Era alto, altivo, boca despectiva, ojos oscuros.

—Así es, señor Blansfield —asintió Marvelous.

El llamado Blansfield miraba fijamente a Beverly y Adam. Este último pensaba que allí no había perros. Sólo Lowell y Ramsey debían estar armados. Sólo dos hombres armados, por fin. Si esperaba más, serían tres, pues sabía que Forester aparecería pronto allí, después de matar al hombre de la puerta y dejarlo tirado en cualquier sitio. Tres ya sería más difícil, pero dos podía ser fácil... si no estuviera con él Beverly Pero, además... ¿qué era La Comisión, qué estaba tramando aquella gente?

—La negra es muy bonita —decía Blansfield—, y parece muy inteligente.

—Es doctora especializada en Traumatología —dijo Marvelous Man—. El negro es un sujeto de cuidado: trabaja para terroristas y

gente así. Pero no se preocupen: los dos están ahora absolutamente bajo mi control.

—¿Está seguro de eso? —Le miró ceñudamente Blansfield—. La negra es muy bonita e inteligente, sin duda, pero el negro no tiene precisamente cara de tonto. Más bien todo lo contrario.

—No importa. Están bajo mi control. ¿Quieren una demostración?

—Nos gustaría —dijo otro de los allí reunidos.

Excepto Blansfield, todos estaban sentados. Marvelous, con su maletín sobre las rodillas. En aquel momento entró Forester, que miró a Marvelous y asintió con la cabeza. Marvelous sonrió, y miró a Adam.

—Tú, negro, ¿ves a ese hombre? —señaló al que había dicho que sí les gustaría una demostración—. Pues haznos una demostración de tu potencia muscular con él: arráncalo del sillón y tíralo sobre cualquiera de los otros.

Hubo un movimiento de desconcierto general. Blansfield se quedó mirando acto seguido a Marvelous con hosca expresión.

—¿Está loco. Marvelous? ¡Déjese de bromas!

—No es ninguna broma —sonrió Marvelous, haciendo un gesto.

Gesto que fue interpretado por Forester, Lowell y Ramsey, los cuales sacaron sus armas y apuntaron hacia el desconcertado grupo de hombres llamado La Comisión.

—¿Qué significa esto? —jadeó Blansfield.

—Negro: haz lo que te he dicho —miró Marvelous a Adam.

—Sí, señor —asintió éste.

Se acercó al hombre en cuestión, que se puso en pie, lívido. Los demás parecían paralizados.

—¡Negro asqueroso, como me pongas tus puercas manos encima te vas a acordar...!

Adam Morgan lo asió por la ropa del pecho, lo alzó como si fuese un muñeco de paja, y lo tiró sobre otro de los hombres, que lanzó un chillido al recibir el tremendo impacto. Impacto que derribó el sillón, y que hizo rodar a los dos hombres por el suelo.

—Será mejor que nadie se mueva —dijo apaciblemente Marvelous Man—. Como ven, estoy controlando la situación en todos sus puntos... y todavía la voy a controlar mucho más. Quítense todos la chaqueta y súbense la manga de la camisa. La

izquierda.

—¿Qué pretende usted? —gritó otro del grupo.

—¿Quiere ver cómo el negro le parte el cuello, Goodhead?

—Maldito sea —rechinó los dientes Blansfield—. ¿Qué juego se trae usted, Marvelous? ¡Usted está a nuestro servicio, nosotros le hemos estado financiando durante todos estos meses su trabajo...!

—Sí, es verdad —aceptó Marvelous—. Y por ello les quedo muy agradecido. Pero, Blansfield, dígame: ¿qué planes tenían para mí una vez yo hubiera conseguido la droga a la que he puesto el nombre de «Slade»?

—¿De qué está hablando?

—Vamos, no se hagan el tonto ahora. Sé muy bien que en cuanto mi labor hubiese terminado hubieran prescindido de mí, así que he decidido tomar la iniciativa en ese sentido. Empezaré por ustedes, que se convertirán en mis fieles colaboradores... aunque hasta el momento sus ideas respecto a mí fuesen muy diferentes. Hagan lo que les he dicho. Y no teman nada: la droga es inofensiva, salvo en sus efectos de pérdida de la voluntad.

—¿Pretende inyectarnos a nosotros? —Se puso en pie uno de los miembros de la llamada La Comisión.

—En efecto, Morrison. Y les advierto que el que se niegue a aceptar la situación lo vamos a matar. Miren, mi intención de inyectarles a ustedes es inamovible, así que para hacerles la demostración ni siquiera necesitaba traer a este par de negros ya drogados. Si los he traído ha sido para confiar al piloto y a todos ustedes, pero la situación ya está totalmente controlada. Ustedes están a punto de morir, si yo lo deseo. Los dos hombres que ocupaban esta casa a la espera del momento de esta reunión han sido ya eliminados. ¿No son capaces de comprender esto? ¡Yo mando aquí!

—¿Y dónde más, Marvelous? —sonrió desdeñosamente Blansfield—. ¿No se da cuenta de que nosotros solamente somos el grupo representante de los verdaderos dirigentes y financieros de usted? ¿Qué conseguirá matándonos?

—Matándoles, nada. Pero sí inyectándoles mi droga. Los convertiré en mis esclavos, y los dirigiré de tal modo que ustedes mismos, sirviéndome lealmente, irán poniendo en mis manos al resto del grandioso grupo que pretende convertir el planeta Tierra

en un gigantesco depósito de esclavos a su servicio. ¿No es eso lo que pretenden ustedes, Blansfield?

—Sí. Y usted solo no podrá conseguirlo.

—¡Pero si no estaré solo...! —rió Marvelous—. ¡No acaban de comprenderlo, según parece! Por el momento, ustedes siete pasarán a ser mis esclavos, y obedeciendo mis órdenes irán poniendo en mis manos a los demás. ¿No se da usted cuenta, Blansfield, de que ese grupo que pretende apoderarse de todo va a estar dentro de muy poco tiempo bajo mi exclusivo control? Lo que significa que yo seré el amo único del gigantesco depósito de esclavos llamado Tierra. Sé muy bien cuáles son sus planes... y como me parecen buenos, yo los capitanearé.

—Usted no tiene talla suficiente para eso —persistió en su actitud desdeñosa Blansfield—. ¡Ni siquiera sabe de qué está hablando, no tiene ni idea de la envergadura de...!

—¿No? Bien, quizá le convenza de lo contrario si le explico algunas de las cosas que he comprendido. En cuanto ustedes dispusieran de mi droga, se dedicarían a controlar las masas, posiblemente en primer lugar las fuerzas armadas. Con seguridad, hay entre ustedes un militar o varios, de alta graduación. Pongamos, un general. Ese general ordenaría que todas las fuerzas armadas bajo su mando fuesen... vacunadas contra determinada enfermedad que, naturalmente, sería un bulo que antes se habría hecho correr. Así pues, pongamos que unos cincuenta mil hombres serían inyectados con mi droga. Y ya tendrían ustedes cincuenta mil esclavos. Otro general, o quizá un político, ordenaría otra vacunación masiva de otro sector de las fuerzas armadas, y ya tendríamos otros cincuenta mil esclavos. Mientras tanto, algunos de los políticos, militares y gente de importancia en cualquier puesto serían inyectados a la fuerza con mi «Slave». Así comenzarían a disponer de personal con mando, que, a su vez, obedeciendo instrucciones, irían dando órdenes sucesivas, de tal modo que en poco tiempo todo estaría bajo su control: los ejércitos, la Guardia Nacional, la

C. I. A.

el

F. B. I..

la Policía, los servicios de Guardacostas... ¿A qué seguir? ¡Todo! En

definitiva, La Comisión sería prácticamente dueña del país en unos pocos días, quizá semanas. Ah, pero muy discretamente, claro, ya que el mismísimo Presidente de los Estados Unidos sería uno de sus esclavos. Y de este modo, podrían... extender su poder por el resto del mundo. Podrían organizar guerras, rebeliones, rendiciones, alianzas, acuerdos comerciales y militares... ¡Podrían hacer todo cuanto quisieran! ¿Cierto?

—Sí. Y le repito que usted solo no...

—Ya le he dicho que no estaré solo. *Ustedes* estarán conmigo, obedeciéndome. Y detrás de ustedes, sus amos, y detrás de éstos todos los políticos, militares y gente de alto nivel con poder para ordenar cualquier cosa. ¡Pero si hasta dirigiré al Presidente de los Estados Unidos...! ¿Se imaginan? Ah, sí, dentro de poco, las cosas serán como yo quiera que sean. Y así, yo decidiré que cada continente albergue a sus habitantes naturales, todos ellos a mi servicio. Los negros, en África; los chinos, japoneses, malayos, etcétera, en Asia; los indios en América del Sur; los blancos en América del Norte y en Europa mientras que Australia será el gran desierto que acogerá a los millones de tarados, destinados a buscar las riquezas que todavía encierra esa enorme isla-continente. Privado de voluntad propia, el mundo será... un enorme pozo de esclavos a mi servicio. Yo ordenaré las eliminaciones de ancianos o enfermos, yo concertaré guerras que me convengan, yo dispondré cuántos miles de negros deben trabajar hasta el agotamiento en las minas de África, o en los arrozales del continente asiático, o en las fábricas de Europa y América del Norte, yo dictaré las leyes, yo decidiré sobre la vida y la muerte de seis mil millones de seres... ¡Yo, no ustedes después de matarme a mí, como habían planeado! ¿Lo han entendido ahora?

Beverly Warden miraba a Marvelous Man como si no lo viera, como si estuviese contemplando algo a través de él. Adam le contemplaba con incredulidad y espanto. Incluso Lowell, Ramsey y Forester parecían alucinados.

En cambio, los miembros de la Comisión miraban a Marvelous Man simplemente con ira, con rencor.

—Muy bien, Marvelous —susurró Blansfield—, esos planes de usted son, simplemente, los que tenemos nosotros. Así pues, considerando esta... coincidencia de proyectos, yo voy a hacerle a

usted una propuesta inmejorable déjese de tonterías y siga unido a nosotros Usted ocúpese de su Ciencia, y nosotros de nuestro dominio de todos los seres humanos. Para usted será como si fuese el amo absoluto, sólo que no tendrá que preocuparse por nada, todo lo dirigiremos nosotros.

—¿Tengo que creer que no van a eliminarme?

—Claro que no pensamos hacer eso. Al contrario, un hombre como usted seguirá siéndonos útil para otras muchas cosas. Vamos, no sea obcecado, Marvelous. Dejémonos de tonterías, y sigamos como hasta ahora, buenos amigos y aliados. ¿De acuerdo?

Marvelous Man se quedó mirando fijamente a Blansfield, y luego fue mirando a los demás miembros de La Comisión. Por fin, movió negativamente la cabeza.

—No. No me fío de ustedes, ni quiero que nadie esté por encima de mí. Y ahora, por última vez: aquel de ustedes que no muestre su brazo desnudo será eliminado en el acto.

—Sólo una última cosa —sonrió de pronto Blansfield— ¿qué hará usted si nos elimina?

—¿Eh?

—Sí: ¿qué hará? ¿Quién le dará el dinero que necesita para seguir adelante, quién le pondrá en contacto con la gente adecuada para iniciar su acción de control mundial, qué recursos o contactos tiene usted? ¿Puede decírmelo?

—En cuanto los tenga controlados a ustedes...

—No. No vamos a dejarnos controlar. Le diré lo que vamos a hacer, Marvelous. Si usted no acepta nuestro trato, los siete vamos a pasar al ataque, todos contra usted a la vez, y aunque alguno de nosotros muera, a usted le partiremos el cuello los demás. Puestas así las cosas, me pregunto si a sus hombres les interesa esto. En cambio, sí creo que les interesará dejar de trabajar directamente para usted y ponerse directamente a nuestro servicio. Usted ya ha hecho su trabajo, ya nos ha traído la droga —señaló el maletín que aferraba Marvelous—, así que...

—¡La droga no les servirá de nada, pues se les terminará pronto! ¡Es la fórmula lo que vale!

—Bueno, pues nos entregará usted la fórmula, ya que vamos a pasar a controlar la situación ahora mismo. Fíjese bien, Marvelous, en cómo se hacen estas cosas. A ver, ustedes tres; ¿quieren ganar

rada uno un millón de dólares y continuar al servicio de La Comisión... o prefieren una estúpida pelea tras la cual Marvelous morirá, algunos de nosotros moriremos... y ustedes se quedarán sin jefe y sin un millón de dólares por cabeza? ¿Qué es lo que prefieren?

Marvelous comenzó a reír burlonamente, pero la risita se le cortó en seco, y palideció, cuando miró a sus hombres y vio la expresión de sus rostros.

—No —jadeó—. No le hagáis caso... ¡No le escuchéis, conmigo estaréis mejor, yo os daré todo lo que me pidáis...!

—¿Después de muerto? —sonrió Blansfield.

Forester, Lowell y Ramsey se miraron. Lowell fue el primero en guardar la pistola y cruzar los brazos sobre el pecho, desviando la mirada hacia Blansfield. Forester y Ramsey le imitaron rápidamente. Marvelous los miraba ahora con expresión desorbitada. —Malditos— jadeó—. Traidores asquerosos, hijos de puta...

—¿Lo matamos, señor? —preguntó Forester.

—No —sonrió Blansfield—. Claro que no, muchachos. Simplemente, quitadle el maletín y veamos qué contiene.

—Sólo contiene unas cuantas dosis de droga —explicó Ramsey—. Las suficientes para ustedes. Lo preparó todo antes de que llegase el helicóptero, y nos dio instrucciones. Nosotros... Bueno, siguiendo esas instrucciones hemos eliminado al piloto y al otro hombre que había en la casa.

—Mal hecho, pero ya no tiene remedio —suspiró Blansfield—. ¿Seguro que la fórmula no está en el maletín?

—Seguro. La dejó en la caja fuerte del poblado.

—¿Alguno de vosotros sabe cómo abrir esa caja?

—No. Sólo él.

—Muy bien, en ese caso vamos a volver allá con el helicóptero, y Marvelous será tan amable que nos abrirá la caja. ¿Verdad que sí, Marvelous?

Éste no contestó. Había dejado caer la cabeza sobre el pecho, y se había sumido en sombrías meditaciones.

—¿Qué hacemos con los negros? —preguntó Lowell.

—Matadlos. Ya no los necesitamos para nada... ¿Qué pasa? ¿O sí los necesitamos? —Miró desconcertado a Lowell.

—Bueno, señor, digamos que a mis compañeros y a mí nos gustaría mucho poder disponer de los dos, cada uno para una cosa diferente. El negro nos plantó cara, y tenemos verdaderas ganas de darle una lección, cosa que no pudimos hacer con Marvelous. En cuanto a la negra, nos gusta muchísimo más que las otras negras que nos hemos tirado en el poblado, y nos gustaría... pasar unos días con ella antes de quitarla de en medio.

Blansfield dirigió una dura mirada a los tres criminales de baja estofa. Eso eran, criminales de baja estofa. Pero les estaban sirviendo a ellos, los necesitaban en aquel momento y seguirían necesitando en el futuro gente como aquélla, dispuesta a todo por dinero. Así que, de pronto, Blansfield sonrió, simpático y comprensivo.

—De acuerdo. Nos gusta que quienes trabajan bien para nosotros se diviertan todo cuanto puedan. Llevad a Marvelous y a los negros al helicóptero y esperadme allí.

—Sí, señor.

En cuanto los de La Comisión quedaron solos en el saloncito, uno de los miembros se pasó una mano por la frente.

—¡Maldito Marvelous! —masculló—. ¡Por un momento temí que todo nos fuese mal!

—Sólo han cambiado un poco las cosas —sonrió Blansfield—: en lugar de ser nuestros hombres los que matasen a los de Marvelous, ha sido al revés, pero el final ha sido el previsto. Puesto que ya está terminada esa fórmula...

—¿Cómo podemos estar seguros de eso? —saltó uno.

—Si no fuese así, Marvelous no hubiera jugado su última carta —dijo con lógica irrefutable Blansfield—. Todo está bien, Grant. Lo único que queda por hacer es ir allá, recoger la fórmula y... dejarles un recuerdo nuestro a todos los del poblado.

Fue detrás de un sillón, y recogió una maleta de acero, de reducido tamaño. Los demás sonrieron torcidamente.

—¿Y esa otra maleta? —señaló uno.

—Ésa contiene cosas mías —dijo Blansfield, tocándola con un pie—. Dejadla aquí mismo; la recogeré cuando regrese. Ésta es la maleta que importa —alzó la de acero.

—Asegúrate de que todo funciona, Blansfield.

—Me he asegurado muy bien de todo. Sólo tendré que ponerme

la máscara antigás que hay dentro, y activar el detonador que hará reventar el recipiente de plástico que contiene el gas letal. Cuando el recipiente explote, el gas se esparcirá tan rápidamente que todo bicho viviente que esté a menos de trescientos metros alrededor morirá sin darse cuenta.

—¿Incluidos los cerdos? —rió otro.

—Incluidos los cerdos —casi rió Blansfield—. Ese Marvelous está chiflado, con tanto desprecio hacia los negros, pero ¿qué podía importarnos a nosotros que los mezclase con cerdos para divertirse? Lo único que importa es la fórmula, y voy a por ella. Cuando regrese, no quedará nadie vivo en la granja experimental de ese chiflado. Bien, hasta luego... Esperadme todos aquí.

—Aquí estaremos, Blansfield.

Clinton Blansfield sonrió, y salió de la casa. Su sonrisa era irónica, ahora. ¿Quién podía imaginarse que aquella maleta que había tocado con el pie contenía explosivos suficientes para lanzar por los aires una casa cinco veces más grande y más fuerte que aquélla?

¿Quién podía imaginar que al tocarla con el pie precisamente en aquel punto había puesto en marcha el mecanismo detonador que funcionaría una hora más tarde, activando la carga explosiva?

¡Nadie! ¡Absolutamente nadie!

Por lo tanto, dentro de una hora sólo quedaría un miembro de La Comisión: él, Clinton Blansfield. El, que sería en adelante quien dijese qué debía hacerse en el mundo, quién debía vivir, quién debía morir, quién merecería sus favores y quién viviría toda su vida como esclavo privado de voluntad propia al servicio de un solo hombre: Clinton Blansfield.

Con tan agradables perspectivas, no era de extrañar que, cuando subió al helicóptero, Clinton Blansfield sonriese jubilosamente.

—Muy bien —dijo—: vamos a por esa fórmula, muchachos. Y no ponga esa cara, Marvelous. ¡Todos tenemos que morir alguna vez!

Se echó a reír.

Y mientras reía, vio fija en él la mirada de Adam Morgan. Frunció el ceño, pero enseguida se desentendió del negro. Sí, parecía un tipo listo, un tipo de cuidado, pero no podía saber nada de nada sobre sus planes. Y cuando éstos terminasen, no quedaría nadie con vida para reprocharle nada en la granja experimental del

chiflado de Marvelous.

El helicóptero despegó.

## CAPÍTULO VIII

—Estamos llegando —dijo Lowell, que pilotaba el helicóptero.

Clinton Blansfield miró hacia el exterior. Abajo todo estaba oscuro, pero las estrellas se reflejaban en algunos puntos de los pantanos, sobre las quietas aguas fangosas.

—No entiendo cómo este chiflado decidió instalarse aquí —gruñó.

—Es un lugar muy solitario, señor —explicó Forester—. Hay un poco de bosque alrededor de los terrenos pantanosos que Marvelous adquirió con el dinero de ustedes, y por ahí sí que va gente con alguna frecuencia, pero casi nadie se adentra hacia la zona más pantanosa. Y si lo hacen, se encuentran con los vigilantes de la periferia que les dicen que están en una propiedad privada de una asociación de nudistas, y les sugieren amablemente que deben alejarse. Nunca ha habido problemas en ese sentido.

—De todos modos, hay lugares mejores que éste, supongo.

—¿Qué más da? Marvelous quería sentirse en África, y este sitio le gustó.

—Lo extraño es que no hiciera traer unos cuantos leones —dijo jocosamente Ramsey.

—Están los perros —dijo Forester—. ¡Los perros! ¡Nos habíamos olvidado de los perros! Ellos nos obedecen a nosotros, pero si Marvelous les ordena algo será a él a quien obedecerán...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Blansfield.

—Si Marvelous les ordena que nos ataquen, lo harán. ¡Y si esos perros nos atacan podemos darnos por muertos todos!

—Pero ustedes están armados...

—¡Armados! —bufó Ramsey—. Sólo le diré una cosa, señor: si esos perros se lanzan al ataque yo me cago en los pantalones

aunque tenga un cañón apuntándoles. ¡Usted no sabe de lo que son capaces esos animales! Cada uno de ellos pesa sesenta kilos, y...

—¡Está bien, está bien, ya encontraremos una solución! —le interrumpió irritado Blansfield—. ¿Qué tal si los atraemos junto al helicóptero en cuanto aterricemos y ustedes los matan a todos sin bajar?

—Podríamos matar a tres o cuatro, pero los otros escaparían... y reaparecerían cuando menos lo esperásemos y donde menos lo esperásemos. ¡Le aseguro a usted...!

—¡Cállese! Ya se me ocurrirá otra cosa... Aunque, ¿por qué pensar que el buen Marvelous nos va a molestar con sus perros? Bien, Marvelous, ¿qué dice usted?

Marvelous miró a Blansfield, por fin, y sonrió socarronamente. Eso fue todo. Pero Clinton Blansfield comprendió la última jugada de Marvelous Man: podían matarlo a él, pero no les sería fácil llegar hasta la caja fuerte durante la noche. Y durante el día, los vigilantes se acercarían al *bungalow*, y los negros saldrían de sus chozas infectas... Toda una serie de complicaciones se le aparecieron de pronto a Clinton Blansfield. Pensó en ponerse la máscara antigás en cuanto tocaran tierra, y lanzar el gas. Morirían todos, incluso los perros, naturalmente... siempre y cuando Forester. Lowell y Ramsey no se mosquearan por el asunto de la máscara antigás, le preguntaran qué estaba haciendo, y, poco convencidos de la explicación que se le ocurriera, decidieran matarlo...

De pronto, también Blansfield sonrió socarronamente.

—Aterricen. No vamos a tener problemas —aseguró.

—Mire usted que...

—Aterricen.

—Muy bien, señor.

—Y háganlo lo más cerca posible de donde están los cerdos. Supongo que están encerrados en una pocilga.

—Claro —rió Forester—. ¡Como los negros!

—Pues aterricen lo más cerca posible de la pocilga de los cerdos. En cuanto a usted, Marvelous, le diré lo que va a hacer: saltará del helicóptero, llamará a todos sus malditos perros, y los llevará con usted a la pocilga de los cerdos, donde los encerrará. Luego, usted y yo iremos a por esa fórmula. ¿Me ha entendido?

—Sí, pero no lo haré.

—Lo hará —rió Blansfield—, porque si no lo hace será usted quien quedará encerrado con los cerdos aunque sea lo último que haga en mi vida. Le diré lo que haré si no me obedece: le cortaré los tendones de los pies, las mano y las orejas, y lo echaré a los cerdos en compañía de unos cuantos negros... ¡Unos y otros tendrán una gran fiesta! Los cerdos, devorándolo vivo, y los negros gozando del espectáculo. Puede usted elegir: o encierra a sus perros con los cerdos, o lo encerramos a usted... ¡y ya sabe en qué condiciones!

Marvelous, que contemplaba aterrorizado a Blansfield, dejó caer de nuevo la cabeza sobre el pecho, desaparecida por completo su sonrisita socarrona. Excepto Lowell, todos se dieron cuenta del largo estremecimiento que recorrió su cuerpo.

—¿Y si le obedezco, Blansfield? —Tembló su voz.

—Puedo matarle limpiamente de un balazo, o, si lo prefiere, todavía podrá permanecer a mi servicio.

—¿Al servicio de La Comisión otra vez?

—Sólo al mío —rió Blansfield—. ¡Sólo al mío, Marvelous!

Éste no contestó. Beverly y Adam miraban fijamente a Clinton Blansfield, y luego se miraron entre ellos.

El helicóptero tomó tierra, apenas a quince metros de la pocilga. Lowell cortó el encendido, las aspas giraron todavía unos segundos más, y luego todo quedó en silencio. —No oigo perros— dijo Blansfield.

—Eche un vistazo afuera —dijo Ramsey.

Blansfield obedeció. Distinguió las formas de los tres perros, el relucir de sus amarillentos ojos. Ni un sonido, nada. Pero allá estaban los perros, mirando hacia el aparato, sentados sobre sus cuartos traseros.

—Veo tres —susurró.

—Están todos, no lo dude —aseguró Ramsey—. Ocho en total.

—Está bien. Bueno. Marvelous, usted tiene la palabra: ¿empezamos a matarlos y cuando acabemos con ellos le echamos a usted a los cerdos... o lleva usted mismo a sus perros con los cerdos?

Marvelous aspiró profundamente.

—Los encerraré con los cerdos —murmuró.

—De acuerdo. Y no intente escapar. Sería una idiotez, con tres hombres armados persiguiéndole con un helicóptero.

Marvelous asintió, y saltó a tierra. Los silenciosos perros aparecieron junto a él. Cuando comenzó a caminar hacia la choza todos pudieron verlo rodeado de los ocho perros, que uno tras otro, bajo sus órdenes, fueron entrando en la pocilga donde inmediatamente comenzaron a oírse los chillidos de los cerdos... pero ni un solo ladrido.

—Me parece —rió nerviosamente Lowell— que esos perros se van a dar un buen banquete. Aun así, quisiera estar seguro de que Marvelous ha cerrado la puerta.

—Pues vaya usted mismo a echar un vistazo —dijo Blansfield.

—¿Yo? —Respingó Lowell.

—Alguien ha de ir. Vamos, no creo que Marvelous sea tan loco como para pretender engañarnos.

—Bueno... En fin, está bien.

Lowell saltó a tierra, y fue rápidamente junto a Marvelous, asegurándose de que éste había encerrado a los perros. Lo tomó de un brazo, y regresó con él junto al helicóptero.

—Problema resuelto —dijo alegremente—. ¡Abajo todos!

Blansfield tomó su maletín y el de Marvelous, y fue el primero en saltar, seguido por Ramsey y Forester, que se volvieron hacia Adam y Beverly, el primero de los cuales sonrió y miró a su amigo.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo Ramsey—. Vamos a encerrar al negro en su choza, bien atado, para que no nos moleste mientras pasamos la noche con la negra. Y por la mañana, nos divertiremos con él... ¿De acuerdo?

El plan fue aceptado por unanimidad Adam y Beverly saltaron ante los tres canallas, y Lowell se apresuró a tomar del brazo a Beverly.

—Yo la llevo al dormitorio mientras vosotros encerráis al negro. Y si se pone tonto, metedle un par de balas en el vientre. Pero que no muera, ¿comprendido?

Adam y Beverly se miraron. Luego, cada uno siguió dócilmente los deseos de su captores. Beverly se fue con Lowell en pos de Marvelous y Blansfield, que caminaban hacia la casa. Adam Morgan fue empujado una vez más hacia la choza que hasta aquella tarde había estado compartiendo con Beverly. Ya ante la puerta, Ramsey dijo:

—Espera, traeré unas cuerdas para atarlo.

Regresó antes de medio minuto. Adam permanecía inmóvil. En el *bungalow* ya había luz, y Beverly y los demás estaban ya dentro. En la pocilga seguía oyéndose los chillidos de los cerdos... Ramsey golpeó en la espalda de Adam con el rollo de cuerda.

—Venga, tú, entra.

Adam entró en la choza, y Ramsey y Forester lo hicieron tras él.

Y como Adam Morgan ya no tenía por qué esperar más, pues sabía todo cuanto pudiera saberse sobre el asunto, y Beverly no estaba allí para pagarlas consecuencias de su acción, las cosas comenzaron a complicarse... para Ramsey y Forester.

El primero gritó ahogadamente cuando Adam, volviéndose velozmente, le incrustó un tremendo rodillazo entre las ingles que lo hizo saltar encogido para caer de cara y rodillas sobre el fangoso suelo de la choza. Forester también emitió un respingo de alarma, y metió la mano bajo la axila en busca de la pistola... La mano izquierda de Adam Morgan aferró la muñeca derecha de Forester, apretándola contra el pecho, impidiéndole moverla. Simultáneamente, el puño derecho de Adam se hundía de forma espantosa en el vientre de Forester, que soltó un resoplido y quedó como paralizado, casi fuera de sus órbitas los ojos.

Adam volvió a golpear, en el mismo sitio, y pareció que Forester se deshinchaba. Su rostro destacaba blanquísimo en la penumbra de la choza... Un poco más allá, Ramsey estaba reaccionando, colocándose de rodillas. Sin soltar a Forester, Adam giró, y su pie derecho golpeó en el centro del pecho a Ramsey, que cayó hacia atrás profiriendo un ronco alarido entrecortado. Adam volvió su atención a Forester, que también parecía que intentaba reaccionar.

—Conque sucios negros, ¿eh? —jadeó Adam—. Conque negros que no valemos para nada, ¿eh? Conque negros obligados a caminar como perros, ¿eh?

De la boca de Forester brotaba un sonido silbante ininterrumpido. El dolor en sus entrañas era horrendo, insoportable, pero todavía tuvo fuerzas para intentar desprender su muñeca de la mano de Adam, para sacar la pistola...

El puño derecho de Adam Morgan impactó en la barbilla de Forester, en un cruzado escalofriante. La cabeza de Forester giró como bajo el impacto de una bala de cañón, todo su cuello crujió, así como la mandíbula, y enseguida la cabeza regresó, como si el

cuello fuese de goma, y quedó colgando con la rota barbilla en contacto con el pecho. Adam metió su mano derecha en busca de la pistola de Forester, y soltó a éste, que se desplomó cadáver sobre el sucio suelo, como arrugándose.

Hacia atrás y a la izquierda de Adam se oyó el gruñido de Ramsey Adam se volvió rápidamente, vio la mancha blanca del rostro de Ramsey, y disparó con la pistola de Forester. Al resplandor del brevísimo fogonazo vio cómo reventaba el ojo derecho de Ramsey, y el brillo de la pistola que saltó de su mano. Todavía, Adam Morgan disparó otra vez. Fue como otro taponazo de champaña en la infecta choza. Luego, el silencio.

Adam Morgan salió a toda prisa de la choza, y echó a correr hacia el *bungalow*...

\* \* \*

—Seré también el primero en morderte las tetas —reía Lowell, relucientes los ojos—. ¡Vamos, te he dicho que te desnudes! Y deprisa. Me gustaría tener tiempo de echarte un polvo relámpago antes de que vengan los otros... ¿Qué te parece? ¿No te gusto? ¡Te estoy diciendo que te quites la ropa, maldita negra!

Beverly Warden, que miraba fijamente a Lowell, llevó las manos hacia su pecho. Allí se clavó la mirada de Lowell, ansiosa, reluciente de lujuria.

—Eres la negra que más me...

No dijo nada más, porque el asombro le desconcertó...

¿Qué le ocurría a aquella maldita negra? ¿Se iba a desmayar en un momento como aquél?

Lo cierto era que Beverly Warden caía hacia delante, como si de pronto sus piernas hubieran perdido toda fuerza. Pero, justo en el momento en que Lowell daba un paso hacia ella, las lustrosas piernas negras aparecieron, esbeltas y fuertes, describiendo un arco hacia él.

Apoyada con ambas manos en el suelo, la doctora Warden hizo girar sus piernas en agilísimo paso de *capoeira*, ejecutando a la perfección la *patada a la luna*. Sólo que no era a la luna a donde dirigía sus pies Beverly, sirio hacia el rostro de Lowell. El talonazo fue tremendo, de lleno en la boca, y Lowell y la doctora emitieron

un sordo quejido a la vez, ella dolorida en el pie, él, en su reventada boca. Fue un golpe tan fuerte que Lowell, llevándose las manos al lugar golpeado, tropezó y terminó por caer sentado. Se miró las manos llenas de sangre, lanzó una maldición, y se puso en pie de un salto, en el momento en que Beverly abrió la ventana.

—Negra de los demonios —farfulló Lowell, salpicando sangre a todos lados—... ¡Te voy a dar una buena lección!

Ni siquiera se molestó en recurrir a su pistola. Se abalanzó hacia ella... mientras Beverly, con agilísimo gesto, saltaba por el hueco de la ventana, limpiamente, hacia la oscuridad. Lowell lanzó otra horrenda maldición, se apoyó con una mano en el marco, y saltó al exterior.

No tuvo ni siquiera oportunidad de ver a Beverly Warden.

Ante él apareció la gigantesca figura de Adam Morgan, que extendió el brazo derecho, amenazándole con la pistola.

—Quieto —siseó Adam—. Si haces...

Lowell perdió la cabeza, debido a la ira. Rugiendo, metió la mano bajo su ropa en busca de la pistola...

Plop, disparó Adam Morgan. La bala se hundió en el pecho de Lowell, que retrocedió, pareció apoyarse en la ventana, cerró los ojos, y fue resbalando hasta quedar sentado. Eso fue todo.

—¡Beverly! —llamó Adam, volviéndose.

Beverly apareció, y se abrazó a él, en silencio. Adam rodeó su cuerpo con el brazo izquierdo. Dentro del *bungalow* no se oía nada. Sentado cerca de ellos, Lowell, patético, emitió de pronto un extraño último suspiro, y sus piernas se agitaron. Final definitivo para Lowell.

—Adam —alzó de pronto la cabeza Beverly—, ese hombre va a matar a Marvelous, y creo que sus intenciones...

—Tranquilízate. Sé lo que ha hecho, y creo que incluso lo que va a hacer. Debí dejar las cosas de modo que todos los que se quedaron en aquella casa cerca de la playa murieran, y ten la seguridad de que está tramando hacer lo mismo aquí, con todos, absolutamente con todos. Me gustaría cazarlo vivo para entregarlo a la

C. I. A.

pero...

—¿A la

C. I. A.?

—Soy agente de la

C. I. A.

—gruñó Adam—. Siento haberte mentido, pero no podía hacer otra cosa. Beverly, no podemos perder tiempo ahora, tenemos que averiguar cuanto antes qué ha tramado Blansfield aquí... No te apartes de mí. Vamos a entrar por esa ventana.

Entraron por la ventana a cuyo pie Lowell había muerto sentado. Salieron del dormitorio, y casi enseguida oyeron la voz de Clinton Blansfield.

—Es en el laboratorio —dijo Adam—... No. No, no... Es hacia...

\* \* \*

En el despacho, Marvelous había entregado ya todos sus apuntes a Blansfield, que, tras echarles un vistazo, los dejó sobre la mesa. Arrodillado ante la caja fuerte, Marvelous comenzó a ponerse en pie...

—No —ordenó Blansfield—: siga así, Marvelous.

Éste le miró en silencio, demudado el rostro. Permaneció de rodillas, medio vuelto hacia Blansfield, el cual dejó sobre la mesa del despacho el maletín. Se guardó cuidadosamente las fórmulas... que no servían para nada, y luego abrió el maletín. Sacó la máscara antigás, y la mostró sonriendo.

—¿Sabe, Marvelous? Dentro de este maletín hay una carga de gas letal que va a acabar con toda manifestación de vida en trescientos metros a la redonda. Todo lo que hay que hacer es desplazar este botoncito hacia la izquierda, y tres segundos más tarde el gas se expandirá mortalmente... Y eso es lo que voy a hacer. No quiero que quede nadie con vida de los que me han conocido en esta actividad. Absolutamente nadie. Los de la casa de la playa hace ya varios minutos que han muerto, de La Comisión sólo quedo yo... de este poblado, de esta granja experimental no quedará tampoco nadie que sepa nada de mí... Y dentro de muy poco, yo seré...

—Un cadáver —sonó la voz tras él.

Blansfield giró como si acabase de recibir un latigazo. Vio a Adam Morgan en la puerta, apuntándole con la pistola provista de

silenciador. Detrás de Adam vislumbró la figura de Beverly Warden.

—Escuche, señor... —empezó Blansfield.

—Negro. Hasta ahora me ha llamado así, ¿no?

—Escuché, podemos...

—No podemos nada. Quiero que lo entienda: es usted un bicho, y me importa un huevo que la

C. I. A.

lo cace vivo o no para interrogarlo sobre sus malditos amigos intrigantes de las altas esferas. Sin gente como la de La Comisión, ellos no son nada. Y los de La Comisión se han ido ya al infierno... igual que usted.

—¡Esp...!

Plop, disparó Adam Morgan.

Clinton Blansfield lanzó un alarido fortísimo, y saltó hacia atrás, con los pies más en alto que la cabeza. Cayó sobre ésta... pero arrastrando consigo el maletín donde estaba la carga de gas letal,

—¡Dios mío! —exclamó Beverly, precipitándose hacia el maletín.

Adam la miró vivamente, e hizo lo propio. Cuando se arrodilló junto a Beverly, ésta había colocado bien el maletín, y miraba con expresión asustada el botoncito que estaba a un lado de la ranura por la que debía deslizarse para la conexión.

—¡Adam, el gas...!

—No —jadeó Adam—. Él dijo que el botoncito tenía que ser desplazado hacia la izquierda. Y está completamente hacia la derecha, lo que quiere decir... ¡Maldita sea!

Se puso en pie de un salto, y miró hacia la caja fuerte.

Pero, por supuesto, Marvelous Man no estaba allí. Había salido disparado del despacho aprovechando la distracción de Adam y Beverly. Los dos salieron a toda prisa del despacho, mirando a ambos lados del pasillo.

—Quizá haya ido hacia el laboratorio —sugirió Beverly—. Es posible que tenga allí algún arma, o algo que pueda servirle para atacarnos...

—Vamos a echar un vistazo.

Pero, apenas habían comenzado a caminar hacia el laboratorio cuando oyeron un sonido que les hizo comprender en el acto la realidad: Marvelous Man acababa de poner, en marcha el

helicóptero. Adam lanzó una imprecación, y salió corriendo del *bungalow*, saltando ágilmente del porche.

Cerca de la choza de los cerdos, el helicóptero estaba ya a un par de metros del suelo, dando bandazos que indicaban por si solos la escasa pericia de Marvelous Man como piloto.

Pero, con poca o mucha pericia, el helicóptero se iba elevando, y tan rápidamente que cuando Adam comenzó a correr hacia él ya estaba fuera de su alcance. Adam se detuvo, y durante unos segundos estuvo mirando hoscamente el helicóptero.

De pronto, alzó la pistola, apuntó y murmuró:

—Ya he tenido bastante paciencia contigo y tus chifladuras, fantoche.

Plop, plop, plop...

A unos veinte metros de altura, el helicóptero se convirtió de pronto en una bola de fuego, dio un velocísimo giro, formando como un tirabuzón de humo, y acto seguido se desplomó, alargando aquel tirabuzón. Cayó en el centro de la explanada, se produjo otra explosión, y otra enorme bola de negro humo ascendió rápidamente hacia el estrellado cielo. Luego, largas llamaradas rojas enviaron una intensa oleada de calor hacia Adam Morgan y Beverly Warden, que se había reunido con el, y se abrazaba a su cintura.

—Cree que lo tenía bien merecido —dijo Beverly—. Oh, Dios mío, desde luego no era un hombre maravilloso... ¡Era el hombre más abominable que he conocido!

## ESTE ES EL FINAL

La doctora Warden abrió la puerta de su consultorio, donde ya hacía rato que se había quedado sola, tras terminar el trabajo del día. En realidad, se disponía a regresar a casa, donde quizá Adam hubiese llamado dejándole algún recado a su madre...

Enseguida comprendió que no había ningún recado para ella en su casa cuando vio al tardío visitante.

—Adam —murmuró.

Éste sonrió levemente, asintiendo.

—Adam Morgan, retirado de la

C. I. A.

con felicitaciones y hasta con una pequeña prima extra —asintió—. ¿Cómo estás, doctora?

—Oh, yo... Bien... Sí, estoy muy bien...

—Eso parece —dijo él, cerrando la puerta—. Mi hermano también está bien, y la

C. I. A.

le ha premiado dejando en paz a su chica y aceptando su dimisión. Creo que va a poner un gimnasio en Tampa, cerca de donde vive... con su chica. Todos los prisioneros del hombre abominable están bien, incluso se les ha marchado ya la hinchazón de sus articulaciones, producida por tener que andar obligatoriamente como perros. En cuanto a mí, he pensado que quizá aceptaría orientarme sobre el mejor modo de empezar a estudiar Medicina. ¿Puedo contar contigo?

—Desde luego —susurró Beverly, comenzando a desabrocharse la bata.

—¿Qué vas a hacer? —Pareció sorprenderse Adam.

—Darte la primera lección: Anatomía... ¡Oh, Adam!

Se echó en sus brazos impetuosamente, y sus bocas se encontraron con fuerza, se fundieron en un beso largo y profundo...

Adam Morgan pensó que era un estupendo modo de empezar a estudiar...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

## Notas

[1] En inglés. Hombre Maravilloso. < <